

LA CRIATURA LUMINOSA

JOHNNY GARLAND



LA CRIATURA LUMINOSA

JOHNNY GARLAND

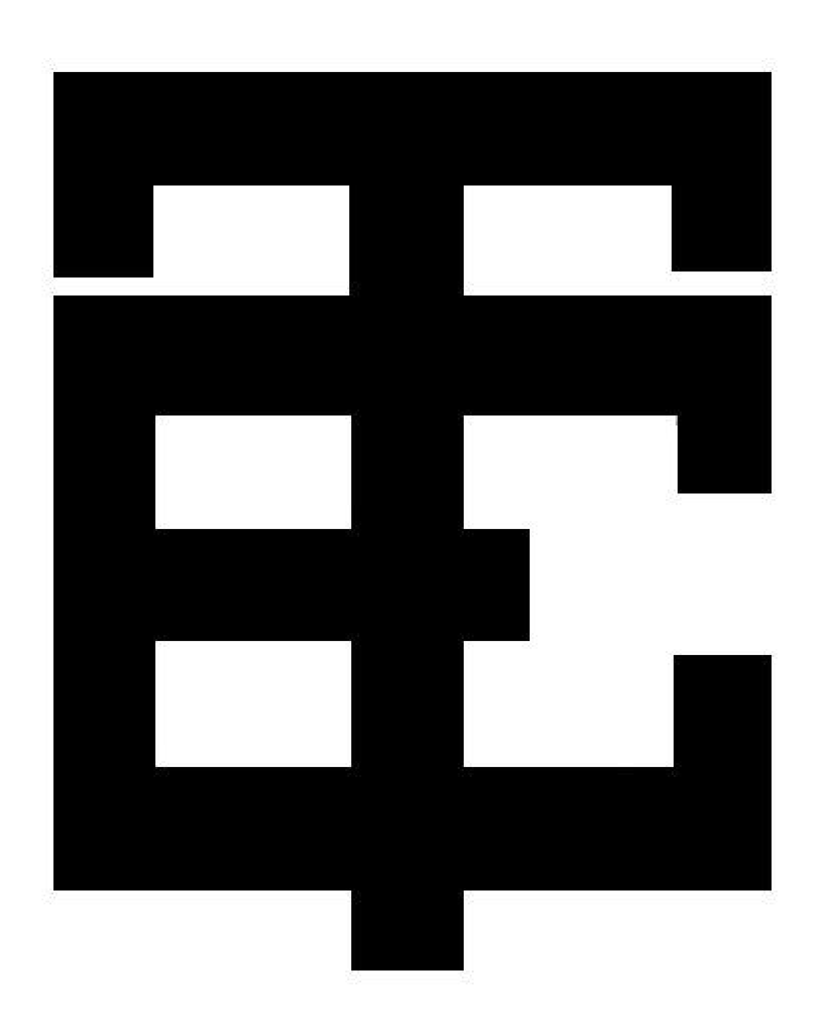
LA CRIATURA LUMINOSA

Colección ESPACIO

La criatura luminosa

POR

JOHNNY GARLAND



EDICIONES TORAY, S. A,
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

© EDICIONES TORAY, S.A.
– 1962

Núm. De Registro: 2144 –
1962
Depósito Legal: B. 25856 –
1962

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORAY, S.A. – Arnaldo de Oms, 51-53 **BARNA**

PRÓLOGO

A veces, el más insignificante de los seres humanos puede ser capaz del gran milagro.

A veces, aquel en quien nadie piensa, el ser oscuro, gris, que pasa por la vida sin dejar rastro ni ser advertido, puede tener en sus manos el destino de la Humanidad.

Ha sucedido a lo largo de los tiempos. La Historia refiere momentos estelares en los que la decisión de un ser pequeño, lo cambió todo. Y el mundo siguió un curso diferente, asombroso, a partir de ese preciso instante.

Tal me sucedió a mí.

Me sucedió una vez, allá en 1998...

Íbamos a terminar ya nuestro bendito y lamentable siglo XX. El soñado, el fantástico, el siempre bien aprovechado año 2000 de los escritores de temas de «anticipación» y todo esto estaba a la vuelta de la esquina.

Sin embargo, no podía ser muy diferente al año en que yo vivía, 1998. Sólo dos años antes del fabuloso Año Dos Mil. Y nada. No tenía nada fabuloso ni sorprendente. La Mecánica, la Ciencia, la Técnica y todo eso continuaba progresando. Pero ya sucedía antes. Y había sucedido igual, por los siglos de los siglos, desde que el mundo era mundo...

Fue entonces cuando yo, hombre oscuro, hombre gris de mi época, persona insignificante, de la que sólo un grupo de personas, las más allegadas a mí por puras razones de convivencia, parentesco o cosa similar, sabían algo concreto e incluso sabían que existía. Repito yo, en persona, tuve el mundo en mis manos. El mundo... y el Universo. Creo que lo tuve todo. Absolutamente todo.

Y sucedió de un modo tan increíblemente simple...

No sé, no sé. Pero, quizá, no sea realmente buen material para escribir sobre ello, como alguien ha pretendido.

Y, sin embargo, voy a intentarlo.

CAPÍTULO PRIMERO

...Y ASI EMPEZO

El verano había resultado muy caluroso. En realidad, seguía resultando caluroso.

Marco Richmond se enjugó el sudor de su rostro, con mano nerviosa. Retiró el pañuelo de fibra esponjosa, totalmente saturado de transpiración. Miró hacia la ventana.

El calor bochornoso, como una pegajosa zarpa, mantenía la ciudad llena de humedad y de altas temperaturas. En el cielo, nublado y denso, los fulgores cárdenos de sordas descargas eléctricas saltaban de vez en cuando, como centelleos de un luminoso fantástico, perdido en una ciudad invisible de los cielos.

Saltó de la cama. El refrigerador automático trabajaba a su normal presión, pero ésta era insuficiente, por lo visto, para contrarrestar la cálida humedad del exterior.

Su figura, enfundada en el elástico pijama de *plastofib*, movióse rápida hacia el mueble-bar de su alcoba. Lo abrió. La luz azulada, tenue, iluminó su rostro juvenil, muy rubio, inclinado sobre las botellas. Desdeñó los licores, para estirar la mano hacia el compartimento refrigerado, de donde extrajo una botella de leche. La descorchó en el destapador automático, y se sirvió un buen trago del blanco, fresco líquido.

Experimentó un ligero alivio en su sensación de intenso calor. Pero, al pasar la mano por sus claros cabellos, la retiró mojada. Inquieto y molesto, había sudado mucho durante su sueño.

Marco Richmond no hubiera querido perder horas de sueño aquella noche. Le esperaba mucho trabajo en su taller, con el nuevo ingenio. Casi todo estaba resuelto, los problemas más graves rebasados. Pero, aun así, no quería perder más fechas.

Su invento iba a resultar un éxito, estaba plenamente seguro. Pero otras muchas veces había pensado lo mismo y jamás llegó a obtener nada práctico. Ahora sería distinto. Ahora, había llegado su gran momento. Dentro de unos pocos días, empezaría a obtener beneficios, estaba seguro. Morales y materiales. El Departamento de Ciencias admitiría su éxito, no tendría otro remedio. Y el nombre de Marco Richmond sería algo más que el de un oscuro ciudadano metido a investigar en electrónica y sus derivados. Sería el de un creador, el de un hombre que había dado algo positivo y cierto a su época...

Eso pensaba Marco. Tomó otro trago de leche. Luego, frunció el

ceño, contemplando con aire pensativo el rectángulo de la ventana de su cuarto. La ciudad era como una mesa de bloques iguales, rectilíneos, verticales, salpicados de luces. Mucha gente no dormía aún. El, sí. Tenía que levantarse muy pronto, antes del amanecer. Su trabajo se lo exigía...

Alzó un poco más la vista. Miró con irritación la continua descarga eléctrica de los nubarrones, la tormenta sorda, pero ominosa, que centelleaba por encima de la ciudad. Pronto descargaría en algo más concreto que chispas eléctricas. La lluvia no tardaría en batir los cristales y charolar las avenidas del Gran New York actual, la primera capital del mundo, la auténtica ciudad-líder de la nueva Federación de Estados Mundiales, formada después de las convulsiones políticas de 1995.

Encendió un cigarrillo, sin que su irritación se evaporase. Ahora, iba a serle difícil conciliar el sueño. Muy difícil, una vez desvelado por los chispazos de luz cárdena y el ambiente opresivo, bochornoso, del calor húmedo de una noche de verano tormentosa.

Quizá sería mejor bajar al taller y continuar los trabajos, hasta que el sueño lo asaltara de nuevo. Sería una forma de combatir el insomnio prácticamente, y también de aprovechar el tiempo, aunque por la mañana, se levantase algo más tarde.

Marco Richmond no podía saber, en el momento de formarse esa idea en su mente, que aquella simple decisión iba a alterar el curso de su existencia. Y, lo que le hubiera parecido más absurdo e increíble, la existencia de muchos millones de seres con los que nada en común tenía él...

Abandonó la alcoba y descendió por la escalera metálica, hasta la planta inferior, donde tenía montado su laboratorio de electrónica y su taller de experimentaciones mecánicas.

La amplia nave se hallaba en sombras, tal y como él la dejaba siempre. Encendió las luces, presionando el resorte que se hallaba a la entrada de los laboratorios y talleres experimentales.

Una luz difusa, azul, suave, que en nada dañaba la vista, se extendió por todas las distintas secciones del lugar. Bajo su claridad, Marco Richmond se movió con paso lento hacia su mesa habitual de trabajo, donde dejara a medio concluir los mecanismos de su reciente hallazgo electro-técnico.

De repente, se puso rígido, clavando los ojos en la mesa, sin dar crédito a lo que éstos captaban.

¡No había el menor rastro de los planos, los mecanismos ni el libro de anotaciones que dejara sobre la mesa, con la intención de reanudar las tareas a primeras horas de la mañana!

Estupefacto, Marco descubrió que todo había desaparecido como por arte de magia, en el escaso margen de tiempo que mediaba desde su final de jornada hasta aquel mismo instante, muy pocas horas por cierto.

—¡No es posible! —masculló —. ¡Nadie ha podido entrar! ¡Y yo dejé todas las cosas aquí!

Podía no ser posible a su juicio. Pero, ciertamente, había ocurrido. No se demoró en avanzar, con paso rápido y movimientos excitados, comenzando a buscar frenéticamente cualquiera de las cosas desaparecidas.

Pero el fenómeno continuó sin aclararse. Allí no había nada de nada, y lo que era peor, no se descubría ninguna posible razón que explicase el misterio.

Perplejo, Marco se quedó ante su mesa de trabajo, mirando hacia su vacía superficie plástica, negra y espejeante. En la distancia, el estruendo de un trueno, sobre la ciudad cargada de bochorno, marcó el principio de la auténtica tormenta.

Luego, en algún lugar del laboratorio del piso bajo repiquetearon gruesas gotas de lluvia sobre una cristalera o tragaluz, situado a alguna distancia de su mesa. Marco no prestó atención a nada de eso. Lo escuchó un poco mecánicamente, sin apartar sus ojos dilatados, estupefactos, de la mesa misteriosamente vacía...

A ello debió el descubrimiento de la verdad. El movimiento fugaz, pero concreto, se reflejó en el plástico negro, espejeante. Una figura huidiza se deslizó, a su espalda, abandonando su escondite tras las columnas de separación entre el laboratorio y el taller electromecánico. La figura se movía hacia la salida de la planta.

Marco se volvió, con una imprecación, descubriendo al enmascarado. Un hombre envuelto en un sobretodo oscuro, con un casquete negro y unas gafas oscuras sobre el rostro, que, juntamente con el cuello subido, servían para ocultar sus facciones.

—¡Alto ahí! —rugió Marco, volviéndose—. ¡Alto, ladrón...!

Brincó sobre el salteador. Este trató de eludirlo. Pero Marco, aunque fuerte, todavía era más ágil que fornido. Cayó sobre él como un felino que disparase sus elásticos músculos.

El enmascarado giró y le descargó un directo, que Marco encajó sin abatirse. A su vez fue él quién, de un tirón violento, arrancó al intruso el casquete negro y las gafas.

Lo sacudió una exclamación de vivo estupor. Quedóse contemplando, atónito, al hombre a quien tenía aferrado, contra la pared.

—¡Tú! —aulló—, ¡Kirk Lawton! ¡Mi mejor amigo y colaborador...!

—¡Déjame, estúpido! —rugió Kirk Lawton, logrando rehacerse, en el breve momento de asombro e incredulidad de Marco Richmond — , ¡Vamos, fuera!

Y logró su propósito, en el fugaz momento de indecisión de Marco, provocado por la identificación del insospechado intruso, de descargarle un tremendo rodillazo en pleno vientre, doblándole dolorosamente.

Marco gimió, sintiendo que ante sus ojos saltaban miles de chispas de todos los colores, cegándolo en un deslumbrante carrusel de centelleos intensos. Luego, el intruso completó su obra con un formidable mazazo al mentón de Marco, y otro a su sien derecha. El joven investigador de electrónica lanzó un gemido y rodó por el suelo metálico de su laboratorio...

Pero, aun entonces, tuvo fuerzas y voluntad para volver a incorporarse, tornando a la carga. Sin embargo, aunque consiguió, en un tremendo esfuerzo físico, alcanzar el hígado de su contrario con un martillazo potente, que le hizo toser con sequedad, la batalla estaba perdida. Kirk Lawton, con vertiginosa rapidez, sin contener su tos espasmódica tras el directo de Marco, extendió la mano y alcanzó un objeto contundente. Una llave inglesa, que Marco dejara sobre un tablero, poco después de reparar la avería en uno de los generadores de su laboratorio.

La descargó despiadada, brutalmente, contra la cara de Marco. Este sintió el mazazo del metal contra su frente. Fue como si un hacha afilada le abriera la cabeza en dos. Fulminado, con la sangre corriendo copiosa por su faz, rodó de bruces, se estremeció en el pavimento metálico y quedó inmóvil...

Allá afuera, otra descarga eléctrica retumbó como el estampido de cien cañones nucleares. La lluvia arreció contra los tragaluces de vitroplast. La ciudad entera estaba azotada por la lluvia y el temporal, que rompían el bochorno cálido de la noche. El aire olía a sulfuro.

Kirk Lawton, pálido y jadeante, contempló al caído con terror. Luego, miró el objeto que su mano empuñaba. La llave inglesa estaba manchada de sangre...

La soltó, horrorizado. Sus dedos enguantados se quedaron crispados en el aire, con un instintivo gesto de angustia. Retrocedió paso a paso hacia la salida.

Luego, cuando el trueno repitió su tamborileo hueco en las alturas, Kirk Lawton echó a correr, angustiadamente. La puerta sonó, con su chasquido seco, mecánico, cerrándose tras él, sin que nadie la accionara, por la propia inercia de su sistema automático.

En el laboratorio, quedó inerte, como muerto, el infortunado Marco Richmond, sobre la amplia mancha roja que formaba la sangre de su herida frontal manando abundantemente.

* * *

—Lo siento, amigo. ¿Ha dicho que se llama eso...?

—Un «electro-generador» automático, que absorbe la energía eléctrica de la propia atmósfera, y la emite convertida en fuerza eléctrica real. Lo denomino «Electrogen».

—Oh, el «Electrogen»... —el funcionario de la Oficina de Patentes Internacionales parpadeó, con extrañeza, mirando de un modo raro a su visitante.

—Sí. —Marco Richmond se puso tenso. Bajo el vendaje de su cabeza, los ojos grises, muy brillantes en la mancha pálida de su rostro, contemplaron con fijeza al funcionario—, ¿Por qué lo nombra así? ¿Es que... ya lo conoce?

—Lamento decirle que sí —asintió el funcionario —. No estamos autorizados a revelar detalles de las patentes presentadas, ni de sus titulares o la naturaleza del inventor presentado. Pero ya que usted asegura que es su invento lo que quiere patentar sin pérdida de tiempo, a título provisional, aunque no posee los planos y elementos técnicos de prueba, que presentará más tarde, es mi deber prevenirle de que no podré hacer nada por usted.

—¿Cómo? ¿Eso... eso quiere decir que...?

—Eso quiere decir que el «Electrogen», un generador de electricidad de bolsillo, que extrae la energía de la atmósfera, está patentado ya. Y muy recientemente.

—No... no es posible... —Lívido, el joven investigador se apoyó, en el largo, negro y bruñido mostrador. Descompuesto, crispó las manos sobre el vidrio plástico, como si quisiera hundir en él sus dedos —. ¡Años de trabajo en este ingenio... Una vida dedicada a ello, desde mi infancia, cuando mi padre me enseñó electrónica, mecánica, electrofísica...! ¡Y todo perdido, todo robado, vilmente robado por el hombre que fingió ayudarme en la tarea!...

—Lo lamento de veras, pero no puedo resolver sus problemas. Presente una denuncia legal, si quiere. Pero no creo que resuelta mucho, si no tiene testigos del robo, o no patentó previamente alguna parte de su invento.

—No, no patenté nada. Quise esperar hasta que fuese algo más que un sueño, un proyecto... Tampoco hay testigos del robo. Estábamos solos... el ladrón y yo.

—Entonces... —El funcionario se encogió de hombros—. Será su palabra contra la de él. Mal asunto para un tribunal, porque él se verá apoyado por el certificado de esta Oficina...

—¡Es una monstruosidad, una vileza, una infamia sin nombre! —rugió Marco Richmond — . ¡No pueden hacer algo tan cobarde, tan ruin! ¡Su Oficina de Patentes no puede hacerse cómplice de un robo!

—Atienda a razones y no desvaríe —habló pacientemente el funcionario—. Yo no tengo interés en nadie en particular, ni lo tiene este Departamento, amigo. Nos limitamos a registrar la patente de quien atestigua ser inventor de algo, y lo deposita aquí. El, ese hombre, lo hizo así. Usted, solamente ofrece protestas. Quizás reales, pero sin valor para nosotros, dése cuenta de ello.

—Un último favor —jadeó Marco, enjugándose el sudor—.El nombre, por favor... El nombre de quien ha pedido la patente. Necesito saberlo, estar plenamente seguro...

—No puedo hacerlo. No estoy autorizado a dar nombre alguno.

—¡Tiene que dármelo! ¡Yo sé que es Kirk Lawton! ¡Kirk Lawton era mi auxiliar, me agredió, causándome esta herida, cuando entró a escondidas en mi laboratorio, anoche! ¡El tuvo que ser quien patento eso! ¡Vamos, dígamelo! ¡Se lo exijo!

—Le repito que no puede exigirme eso. Ni yo puedo decirle nada. Me apena usted. Es posible que le hayan hecho esa mala jugada. Pero habrá de conformarse, o acudir a la Ley. Yo no puedo decirle quién ha sido el que registró esa patente. Sin embargo, el reglamento nada dice sobre la posibilidad de que yo le responda; no puedo decirle quién es el dueño legal de ese invento actualmente..., pero usted tampoco necesita que se lo digan...

Y sonrió significativamente. Marco entendió. Era como asentir a su pregunta. Era Kirk Lawton, ciertamente. Ya no había dudas, aunque nunca tuvo demasiadas. Pero era mejor así. Era preferible saber..., saber la verdad...

Y obrar en consecuencia.

—Gracias, amigo —dijo roncamente. Se irguió. Estaba muy sereno. Terriblemente sereno, a pesar de la palidez de su rostro—, Gracias...

Se encaminó a la salida de la oficina. El funcionario le contempló, preocupado. Se inclinó, tomando el teléfono. Presionó los botones rojos marcados con las cifras 6, 9, 2, 0.

Luego, al zumbar el detector de conexión, por la rejilla del audífono, una voz habló:

—Aquí, Patrulla de Policía Metropolitana. Informe.

—Aquí, Oficina de Patentes Internacionales — habló el funcionario, con gesto preocupado—. Quiero informarles sobre la visita de un hombre llamado Marco Richmond…

CAPÍTULO II

LA EXTRAÑA MUERTE

Sonó el timbre de la puerta.

Durante la noche, era un sonido inquietante. En especial para quien no tenía la conciencia demasiado tranquila. Y ése era, concretamente, el caso de Kirk Lawton, el ladrón del invento de Marco Richmond, y actual propietario legal del mismo.

Lawton se incorporó, tenso. Miró hacia la puerta de su vivienda. A la cruda luz amarilla de su lámpara de filamento solar, condensadora de la luz diurna para la utilización industrial nocturna, su rostro reflejó claramente la tensión, la inquietud.

Se puso en pie. El timbre, tras un leve respiro, volvió a llamar. Lawton, con los labios encajados, abrió una gaveta de plastmetal. Algo apareció en su interior. Una estilizada, rojiza pistola de punta cónica, con dos resortes, uno azul y otro blanco. El azul emitía ondas electrónicas paralizantes. El blanco, impactos ardientes de mayor concentración térmica.

Un arma temible, ciertamente. Pero ni siquiera con ello se sintió tranquilo Kirk Lawton. Abandonó la mesa del gabinete, sobre la cual se extendían los documentos acreditativos de su Patente, y la primera noticia de importancia para él; un radio-card emitido por la Sociedad General de Electricidad Aplicada, solicitándole la cesión en exclusiva de su patente número 982.340, para usos industriales, contra la entrega inicial de un anticipo de diez millones de «créditos» de sus derechos totales sobre el invento.

Sí, Kirk Lawton se disponía a entrar en el agradable, dorado mundo de los millones, de la fortuna fácil, obtenida merced a la apropiación criminal de una creación ajena. Y Lawton, en su felicidad del momento, sólo tenía ahora un temor; Marco Richmond.

Cuando le dejara inerte, bañado de sangre, allá en su laboratorio, pensó si habría muerto, y podría él verse envuelto, en un caso de asesinato. Luego, supo que Marco solamente había estado inconsciente, y que fue atendido de su herida por el Servicio de Sanidad Metropolitano. Lo denunció a él como autor de la agresión, pero Kirk tenía entonces una coartada magnífica. Había dos testigos que pudieron garantizar, bajo formal juramento, que él se hallaba muy lejos de la ciudad en aquel momento. Los testigos eran tan falsos como

lo que testificaban, naturalmente. Pero la Ley tuvo que aceptar su palabra, comprada por Kirk, a buen precio, antes de descargar su golpe.

Ahora, con Marco Richmond vivo y dueño de sus facultades, el peligro estaba suspendido sobre su cabeza. En cualquier momento, Marco trataría de vengarse. Y Kirk le temía. Marco era más joven y atlètico que él. Marco podía hacerle mucho daño, si tenía ocasión.

El zumbador repitió por tercera vez su llamada, cuando ya Kirk Lawton estaba muy cerca de la puerta, pistola por delante, los ojos entornados, en dura expresión. Resuelto a todo, si el nocturno visitante era quien temía él. Resuelto, incluso, a matar. Y la Ley no le culparía por ello. Su domicilio lo amparaba.

—¿Quién es? —preguntó, aplicando la voz ai interfono que comunicaba con el pasillo de su casa.

— Soy yo, Kirk. ¿Vas a abrir de una vez?

Sorprendido, parpadeó. No era la voz de Marco precisamente, sino una voz de mujer. Y le era conocida aquella voz. Muy conocida. Logró estremecerse, como lo lograba siempre. La voz melosa, profunda y suave de Leslie Crystal lograba siempre ese milagro.

Pero no por ello se confió. El hubiera deseado miles de veces que Leslie Crystal lo visitara, especialmente a aquellas íntimas horas de la noche, llenas de sugerencias y promesas. Pero la visita de ahora podía ser muy distinta a lo que él soñaba.

Giró el botón del visor externo. En una pequeña pantallita de cristal, mediante un juego de espejos parecido al de los periscopios de los viejos submarinos, pudo captar el rostro, la figura toda de su visitante, aun antes de abrir la puerta. Comprobó que sus temores no estaban fundados. Ella estaba sola en el corredor. Marco Richmond no la acompañaba, utilizando de cebo a la hermosa rubia.

Sonrió. Continuaba desconfiando. De ella y de todo el mundo. Pero, viniendo sola, todo era más fácil y agradable. En primer lugar, averiguaría si Leslie venía para hacer algo en favor de Marco, o atraída solamente por otras razones.

—Por Dios, Kirk, ¿tan desconfiado te has vuelto? — protestó ella, erguida ante el visor, riendo con burla —. Sé que me estás escudriñando como si fuera un bicho raro. Y no creo que lo sea, Kirk...

Para demostrarlo, deslizó sus manos, sinuosamente, a lo largo de sus curvas, marcadas por el plateado tejido de su traje, de breve falda, abierta por un lado hasta el muslo, según la moda de la época.

Kirk Lawton tragó saliva. Se humedeció nerviosamente los labios resecos. Ella era muy bonita, muy joven y muy seductora. Además, venía sola. ¿Por qué no abrir?

—Espera un momento, Leslie —dijo roncamente—. Ya abro...

Cerró la conexión del visor y oprimió una tecla rectangular, blanca, casi oculta en el muro, a un lado de la puerta gris, metálica y sólida. Esta se deslizó suave, tenuemente, sin producir ruido. Quedó enmarcada en su recuadro la figura espléndida de Leslie. Ella entró, contoneándose suavemente al pisar sobre sus altos, centelleantes tacones de vidrio diamantino. Los ojos, de un azul profundo, casi cobalto, se posaron risueños en Kirk. Le rozó con su vestido y, por tanto con su terso cuerpo, sinuoso y potente. A la vez, llegó hasta él el aleteo de un perfume embriagador.

—Buenas noches, Kirk —saludó ella, con voz acariciadora.

Se detuvo en medio de la sala. Miró en torno. Antes de que él tuviera tiempo de evitarlo, ya había clavado sus ojos en la mesa, en los papeles escritos. Tenía una gran perspicacia, porque cuando Kirk Lawton intentó llegar a los documentos, ya Leslie comentaba, con voz amable:

—Vaya, Kirk... Empieza la danza de los millones, ¿eh?

—¿A qué has venido, Leslie? ¿A investigar en mi vida... o a reprocharme algo, en nombre de tu amigo Marco? —preguntó él, parándose ante ella, algo seco.

—¿Marco? — Leslie rió entre dientes—. Por Dios, querido, ¿por qué nombras ahora a Marco? Yo no pensaba hacerlo.

—Resultará inevitable —suspiró Kirk—, Anda diciendo por ahí que yo le robé un invento.

—¿Y es cierto? —preguntó ella, con ironía.

—¿Qué pretendes? ¿Que te haga una confesión, sólo porque eres mujer y bonita? —se irritó Kirk.

La puerta del piso, accionada por ojos fotoeléctricos, se había cerrado de nuevo. Estaban solos. Ella le estudiaba fijamente, con sarcasmo. Kirk, con desconfianza.

Inesperadamente, ella se dejó caer en un asiento de espuma roja, las piernas altas, exhibiéndolas con descaro. Luego, soltó una leve carcajada.

—Por favor, Kirk, no te vuelvas desconfiado y receloso. No me gustaría eso. ¿Qué clase de chica crees que soy? ¿Una romántica?

—No sé la clase de chica que eres. Te conozco porque Marco nos presentó. Entonces cantabas y actuabas en el *Sky Club*. Dijo que posiblemente un día él sería rico con sus trabajos y podría ofrecerte su nombre y su casa, apartándote de aquella vida.

—Pero Marco Richmond no se ha hecho rico ni ha salido de estrecheces. Gana lo preciso para vivir él, después de sus gastos en el

montaje de sus instalaciones técnicas para investigaciones. Y aun eso gracias a las subvenciones oficiales, que seguramente dejará de percibir ahora, ante su fracaso absoluto.

—Lo sentiré —dijo hipócritamente Kirk—. Tal vez le envíe unos miles para que siga adelante. Como verás, voy a tener mucho dinero. Podré permitirme ese lujo, Leslie.

—Ya he visto —musitó ella por entre los rojos y carnosos labios —. Diez millones. No está mal para empezar.

—Tú lo has dicho. Sólo para empezar. Luego, vendrán más millones. Los suficientes para ser un potentado. Para tener a una mujer a mi lado, como una auténtica emperatriz.

—Y esa mujer... ¿quién será, querido?

—No lo sé. No lo he pensado. Nunca tuve mucho éxito con las mujeres...

—No seas tonto, querido. Las mujeres sólo buscan una cosa; dinero. Si no lo tenías, ahí está explicada tu falta de éxito. —Rió, brevemente y encendió un cigarrillo que extrajo de su plana pitillera azul de vitroplata —. Yo soy mujer, y siempre te encontré guapo y buen mozo. Pero claro, no poseías fortuna. El sentido práctico se impone siempre, sobre todo en nuestra época, querido. Estamos en los umbrales del Siglo XXI. Una mujer, además de bonita, ha de saber sacar partido a sus encantos.

—Nunca creí que fueras así, Leslie —suspiró Kirk, algo vaciante —. Me parecías una chica sensible, enamorada de Marco...

—¡Enamorada y sensible! —soltó una carcajada — , Pero Kirk, por Dios... ¿Por quién me has tomado? Me enamoró Marco... en cuanto supe que tenía un invento en marcha, y ese era de grandes posibilidades. ¿Te das cuenta? Era mi posibilidad de casarme con un chiflado, que no advertiría, en el febril entusiasmo científico, cuáles eran mis auténticos móviles. Pero ahora...

—Ahora... ¿qué?—Ahora, Marco es un pobre diablo sin horizontes. Sin invento... y sin dinero. No me interesa, Kirk. Ahora... *me interesas tú*.

Le guiñó un ojo. Kirk, estupefacto, vio cómo se levantaba. Se acercó a él. Y bruscamente, lo ciñó entre sus brazos, lo oprimió contra su cuerpo y besó su boca cálidamente.

Al apartarse, toda la firmeza de Kirk se había ido al diablo. Muy pálido, respiró con fuerza, se tocó los labios, candentes por el contacto, y, sintiendo temblar sus rodillas, estudió a la muchacha largamente, para terminar diciendo con voz ronca:

—Leslie, siempre te he deseado... No sé si te amo, pero me gustas, me atraes... Y soñaba con un momento así, con un beso tuyo, como en

algo totalmente imposible, fuera de mi alcance... Tu sinceridad es brutal, lo sé. No me amas, ni amas a nadie. Sólo quieres dinero. ¡Y yo puedo ofrecerte mucho dinero! Millones, Leslie...

—Millones... —los ojos de ella brillaron, codiciosos—. Puedes ofrecérmelos, sí. Pero ¿me los ofrecerías realmente?

—¡Sí! Todos, Leslie... a cambio de que te quedes, de que seas mía...

Ella se encogió de hombros. Apagó el cigarrillo, apenas mediado. Su ceniza azul se derramó fuera del cenicero de plata. Al volverse hacia Kirk, sonrió.

—Está bien, Kirk. Me convences. Me quedo. Seré tuya... Siempre tuya, mientras puedas darme la clase de vida que ambiciono...

* * *

Las manos enguantadas extrajeron el anti-electrodo. Era un disco, casi un óvalo, plano y dotado de dos pequeñas agujas de luz, que se encendían al oprimir dos botones posteriores.

El anti-electrodo era, poco más o menos, una potente ganzúa, capaz de abrir cualquier puerta electrónica que existiera. Neutralizaba la corriente de los electrodos y, a la vez, inutilizaba todo el sistema automático, dejando la puerta virtualmente desconectada y sin funcionamiento de cierre.

El único esfuerzo de quien utilizara aquella «llave maestra» consistía en averiguar la frecuencia e intensidad de la corriente utilizada en cada casa. Por ello, el que utilizara el mecanismo había de ser un experto formidable en electrónica.

Y Marco Richmond, Richmond, el hombre de manos enguantadas que ahora trabajaba sigilosamente en el corredor, lo era.

Si nadie lo sorprendía, obligándole a parar en su esfuerzo, sabía que era cosa de pocos minutos. Quizás no más de cinco. El anti-electrodo le marcaría, en un pequeñísimo graduador lateral, la frecuencia e intensidad, y entonces el pequeño e ingenioso mecanismo haría abrir la puerta metálica, hermética y llena de solidez, con igual facilidad que si fuese una hoja de cristal delgadísimo, o de papel fino.

Sonrió Richmond al oír en el exterior el estruendo de los truenos sobre los edificios urbanos. Nuevamente, la ciudad sufría el efecto del temporal iniciado la noche antes. Una poderosa tromba de agua, relámpagos y truenos, rasgando las oscuras nubes con sus zigzagueos de luz cárdena, hasta morir en algún pararrayos o provocar algún cortocircuito, un incendio o un accidente mortal y espectacular, donde no hubiese red de pararrayos...

Esos ruidos, no harían sino facilitar su tarea. Si producía ningún ruido inoportuno, quedaría ahogado por el estruendo formidable de la tormenta. A estas horas, pensó, Kirk Lawton debía de estar solo, sumido en el clima de júbilo de su cobarde victoria. Eso, también podría ayudarle.

Y cuando Lawton se diera cuenta, sería demasiado tarde.

Porque él había ido allí con una idea concreta definida. La idea de matar a Kirk Lawton, el vil ladrón de su invento...

* * *

—Voy a enseñarte el invento, Leslie. Es el que yo he patentado ya. Me pertenece y me hará rico. Voy a aceptar esos diez millones. Pero sólo a título de anticipo, como ellos mismos me señalan. Después serán otros veinte o treinta millones más, por un tiempo limitado de explotación. Ese generador puede dar una fortuna a los demás, y por tanto, volverán a hacerme nuevas ofertas, me darán los millones a paladas, y seré el hombre más afortunado del mundo.

—Y yo, querido, la más afortunada mujer —suspiró Leslie, extrayendo de nuevo su pitillera azul, y de ella un cigarrillo, que Kirk le encendió rápidamente—. Vamos a ser muy felices, querido. Inmensamente ricos, e inmensamente unidos en nuestro egoísmo común y magnífico.

—Sí. Eres la clase de mujer que necesito —rió Kirk, rodeándola con sus brazos—. Me comprendes y no me reprochas nada.

—¿Por qué había de reprochártelo? Tú robaste ese invento a Marco, y yo vengo a compartir contigo el dinero que dé. ¿Debemos hacernos reproches el uno al otro? Somos prácticos y sinceros, eso es todo.

—Yo no dije que se lo robé a Marco —puntualizó cautamente Kirk Lawton—. Eso, lo has añadido tú por tu parte, querida.

—Bien ¿no es cierto? —dijo Leslie Crystal, burlona—. ¿O vamos a andar ahora con subterfugios y eufemismos, como si estuviéramos ante un tribunal?

—A veces, querida, las paredes pueden oír.

—¿Aquí? ¿En tu casa? Estamos solos tú y yo, ¿no es cierto?

—No es eso, Leslie. Es que conviene ser prudente. Y callar siempre. O un día te metes en líos.

—Sí, quizás tengas razón. —Ella se encogió de hombros—. Pero yo no tengo esos temores. No debo ocultar nada por obligación. Vivo y hablo abiertamente. ¿O crees que me ocultaré de ese pobre Marco, ahora que he decidido ser tuya, mi querido Kirk?

—Es distinto. Tú no estás en la situación de un hombre que ha... —Se contuvo rápidamente, apretó los labios, como para contener lo que iba a brotar por ellos, y con una fuerte inspiración de aire, añadió—: Bueno, no me hagas caso. ¿Vienes a ver el invento?

—Claro. No entiendo mucho de electrónica, pero me gustaría saber lo que es eso que va a proporcionarte millones, y para qué sirve concretamente.

—De acuerdo. Incluso te demostraré fácilmente su aplicación, querida. Ven conmigo...

Se encaminó al fondo del gabinete. Cruzó otra puerta metálica, a través de la cual le siguió Leslie dócilmente. Era un saloncito de reducidas dimensiones, medio oficina, medio sala de trabajo. También al fondo, existía un tapiz de seda-plast en brillantes colores, representando una visión fantástica y multicolor del campo teórico del átomo, representado plásticamente por un artista moderno. Al presionar Kirk un resorte, el tapiz se deslizó, mostrando una pequeña puerta, que se abrió electrónicamente.

Se hallaron dentro de una cámara rectangular, metálica, con instrumentos y aparatos magnéticos, con cuadros de control, pantallas de radar y de ultrasensibles reacciones electrofísicas.

—Este es mi refugio científico —dijo Kirk Lawton.

—Pero ¿de veras eres un científico? ¿De verdad experimentas?

—Sí —dijo sordamente Lawton, con expresión sombría, Volviéndose hacia ella —. Sólo que yo no tuve nunca suerte. Yo no encontré nada en mi campo experimental. Entonces me uní a Marco Richmond, como auxiliar, aprovechando una antigua amistad. Marco tuvo siempre suerte. Había convencido a las autoridades. El tenía una pensión elevada, para investigar y gastar en sus efectos. El había invertido el dinero familiar en un magnífico laboratorio, mucho mejor que el mío. ¿Cómo no iba a adelantar más que un pobre diablo como yo, al que nadie quiso nunca ayudar?

—Pero él demostró merecer esa confianza, Kirk —acusó sordamente Leslie—, Halló lo que buscaba. ¿Y tú? ¿Qué hiciste?

—¡Yo no tuve suerte, te lo repito! ¡Yo ayudé a Marco a dar con su invento, con ese maldito «Electrogen», que puede revolucionar la técnica actual! ¡Yo, en cambio, nada percibiría por ello! ¡Marco se haría rico, mientras yo me moriría de inanición y de olvido en cualquier rincón! ¡Por eso se lo robé! Por eso patenté este gran hallazgo científico, y lo hice mío!

¡Mío, Leslie! ¡Y tú y yo lo compartiremos, porque así tenía que ser!...

Se hallaba erguido, soberbio, escupiendo por su boca contraída la

verdad absoluta. Ahora, sin disimulos, sin precauciones. Con la altivez dura y virulenta del que ha hecho algo que cree justo y alardea de ello, seguro y dueño de todos los resortes para el triunfo final.

Sobre él, los centelleos de la tormenta, sólo eran fugaces chispazos, rápidos centelleos cárdenos, más allá de la superficie cuadriculada de vitroplast azul del tragaluz. Ante Kirk, Leslie Crystal le contemplaba con asombro, con un duro brillo extraño en sus ojos.

— Muéstramelo, Kirk —pidió ella roncamente—. Hazme una demostración del ingenio electrónico que inventó el tonto de Marco Richmond... y que tú, Kirk Lawton, fuiste lo bastante inteligente para robarle. Anda, Kirk, por favor. ¿Para qué sirve el «Electrogen»?

—Vas a verlo, preciosa —rió Kirk, soberbio, orgulloso, dueño de sí como nunca lo fuera antes—. Estáte atenta, querida. Mira. Este es el «Electrogen»...

Había alzado en su mano algo inesperadamente simple; una varilla o tubo metálico, de color acero, rematado por una esfera ionizada, de tono verdoso. Daba, por un momento, la impresión de un gracioso personaje de un absurdo cuento de hadas, que fuese a utilizar la mágica varita capaz de crear prodigios sin fin...

— Este es el «Electrogen» — repitió Kirk Lawton con voz rebosante de placer, de altivez y superioridad —, ¡Contempla su magia, Leslie! ¡Es capaz de materializar la energía eléctrica, de canalizarla en sus más extrañas y fascinantes formas y de...!

Trazó una especie de círculo con la varilla, mientras oprimía su resorte posterior, al extremo de la misma.

Un vivido chispazo azul brotó de su esfera ionizada. Sucedió algo violento, inesperado, estremecedor, que hasta hizo lanzar un grito ronco a Kirk.

El tragaluz, sobre su cabeza, se resquebrajó saltó en pedazos, y una chispa fulgurante, parecida a una descarga eléctrica, al trazo zigzagueante de un rayo, fue a parar a la punta de la esfera ionizada, confundiéndose con el chispazo azul, formando un solo cuerpo, ante la mirada dilatada, estupefacta, de Leslie Crystal.

El propio Kirk parecía asombrado del poder eléctrico de su mecanismo. Hasta el punto de que, con un grito ronco, tiró la varilla, que rebotó en el suelo, ante los pies de la sorprendida Leslie Crystal, que retrocedió de un salto, asustada, mientras la chispa azul danzaba en el aire, como un arco voltaico creado por la energía canalizada del «Electrogen».

Luego, instintivamente, Leslie se lanzó en brazos de Kirk Lawton, que, lívido, rígido, clavaba sus ojos perplejos en la chispa azul, danzante sobre la esfera metálica del ingenio electrónico. Kirk la tomó

entre sus brazos, mientras ella, asustada, gemía:

—¡Dios mío, Kirk! ¿Qué extraño, terrible poder, es capaz de provocar ese aparato?

—No... no sé... —jadeó Kirk Lawton.

Y entonces, justamente entonces, la puerta metálica del laboratorio de Kirk, se deslizó dócilmente, como neutralizado su mecanismo magnético.

Ambos volvieron la cabeza hacia allá y descubrieron a la vez al hombre virulento, pálido, erguido en la entrada. Avanzaba hacia el interior del laboratorio, despreciando la presencia de la energía azul en la bola ionizada, y empuñando un arma termo-nuclear, con mano firme.

—He venido a matarte, Kirk —dijo fríamente el recién llegado—, Pero nunca supuse que tú, Leslie, pudieras también traicionarme, con ese perro ladrón... ¡Os mataré a los dos, Leslie!

—¡No, por Dios! —gritó Leslie, angustiada —. ¡No, Marco, no hagas eso! ¡Yo he venido a demostrar tu derecho a ese invento! ¡Kirk ha confesado que te lo robó... y lo tengo grabado en un micromagnetofón, oculto en mi pitillera! ¡Es la prueba que necesitas para demostrar que eres el dueño del Electrogen»! ¡Yo la conseguí para ti, querido!

—¡Maldita traidora!

Ella le soltó, separándose de él, angustiada, y llena de terror. Kirk se movió hacia ella. Marco Richmond, vaciló, mascullando con voz dura:

—No te creo, Leslie. Finges. Estás mintiendo para salvarte... ¡Pero ninguno de los dos se salvará!...

—¡Marco, por favor, tienes que creerme! ¡He hecho todo esto por ti! —gritó Leslie.

Tropezó, cayó, ante la mirada indiferente, helada, de Marco Richmond. Luego, Kirk Lawton, como, poseído de una locura infernal, homicida, saltó sobre Leslie, para aferrar su garganta, para estrangularla...

Con las manos engarfiadas, se abalanzó sobre ella, Leslie chilló...

Luego, Kirk Lawton se detuvo en seco. Osciló, con el rostro del color del añil, y los ojos repentinamente desorbitados, enrojecidos... Su garganta emitió un sonido ronco, un estertor horrible...

Se precipitó de bruces ante Leslie, que chilló más prolongadamente, echándose atrás. Quedó inmóvil en el suelo del laboratorio, mientras en la esfera, ionizada, se extinguía la chispa azul, como en fantasmagórica danza.

Leslie se quedó encogida, con ojos asustados, fijos en el inmóvil inerte Kirk. Rápido, Marco Richmond bajó el arma, corrió junto a Kirk, se inclinó sobre él.

Cuando alzó la cabeza, una enorme perplejidad se acusaba en su rostro. Miró a la joven y confesó roncamente:

—No lo entiendo… No lo entiendo, Leslie, pero… PERO ESTA MUERTO.

CAPÍTULO III

EL ABISMO

Marco... Marco, ¿cuándo podrás creerme? Yo... yo sólo fui allí para lograr las pruebas de su culpa, de su robo infame...

—No puedo, Leslie. No puedo creerte... —jadeó Marco—. Y es más, Leslie. La extraña muerte de Kirk Lawton te salvó la vida entonces... O yo os hubiera matado a los dos.

—Por Dios, Marco, no insistas en eso. Sé que nunca hubieras sido capaz de tal cosa. Estoy plena, absoluta, totalmente segura, de que Marco Richmond no podrá ser nunca un asesino...

—Quisiéramos tener su misma seguridad, señorita Crystal —habló el inspector de la Policía Metropolitana, Sid Kraal —. Pero no podemos estar tan convencidos como usted lo está. Marco Richmond es un científico hábil, una autoridad en electrónica aplicada. El mató a Kirk Lawton, por una razón que todos sabemos ya, gracias a su cinta magnetofónica claramente grabada.

—¿Qué cinta? —estalló Marco, volviéndose con gesto hosco hacia el policía, sin apenas moverse de la silla en que permanecía sentado, dentro de la cámara de audiencias de los arrestados por sospecha de delito común, en la Central de la Policía Metropolitana.

—La que grabó la señorita Crystal, en el pequeño magnetofón, oculto en su pitillera azul —explicó el inspector Kraal—, Por ella hemos podido descubrir que la patente número 982.340 es de su total, plena propiedad. Por ella, también, hemos sabido que Kirk Lawton abusó de la confianza que usted depositó en él, robándole su invento. Eso está todo perfectamente claro, señor Richmond. La patente será anulada al nombre de su actual propietario legal, pasando a ser suya, tras la prueba sonora presentada por su compañera.

Richmond apretó los labios, con expresión aturdida. Lentamente, se volvió hacia Leslie. La miró. Inclinó la cabeza, confuso, declarando despacio:

—¿Podrás perdonarme alguna vez, Leslie? Mi falta de confianza, mis sospechas...

— Oh, querido, sé que estabas en una situación como para

sospechar de todo el mundo. —Ella rodeó sus hombros con ambos brazos y lo besó en la mejilla —. Fui a ver a Kirk con la idea de obtener la verdad. Me costó trabajo. Pero al final, mi teoría de que a todo hombre acaba perdiéndolo su soberbia, su altivez y su ambición desmedida, resultó perfectamente. Y Kirk Lawton confesó, con el invento en las manos…

—Dios mío, Leslie. Y yo que llegué a pensar que tú…

—Calla, tonto —sonrió la joven, besándole ahora en los labios—. Era natural que perdieras la confianza en todo el mundo. Yo creí siempre en ti. Y sigo creyendo…

—Le va a hacer falta que crean en él, señorita Crystal — habló con cierta sequedad el policía —. Especialmente cuando la acusación oficial de asesinato pese sobre él.

—¿Asesinato? —Leslie se volvió bruscamente, clavando sus ojos en el policía —, ¿Es que se han vuelto todos locos? ¿Marco un asesino? ¡Si ni siquiera tocó a Kirk!

—Para un genio de la electrónica, quizá no haga falta tocar a un hombre para matarlo. Una muerte a distancia, un sistema electrónico de matar… es cosa fácil.

—¡Tuvo que matarlo la chispa que brotó del «Electrogen»! —gritó Leslie—, Fue al poner en funcionamiento ese mecanismo, cuando él sufrió el extraño colapso, cuando se desplomó ante nuestros ojos, sin que nada ni nadie le hubiera tocado, ni siquiera de lejos.

—Muy bien. Eso dice usted —suspiró el policía —. Yo quisiera creerla. Pero no me es posible, y créame que lo siento de veras. Legalmente, tras el examen técnico del cadáver de Kirk Lawton, se ha comprobado que fue electrocutado, muerto por el impacto de una potente descarga. Pudo ser esa chispa, ciertamente. Pero todo acusa a su amigo Marco Richmond. Su arma tenía un proyectil vacío. Y era un generador de cargas termonucleares, capaces de provocar la inmediata electrocutación de un ser humano…

—¡Yo no disparé una sola de esas cargas! —aulló Marco—, Llevaba esa idea, pero…

—Sin embargo, faltaba una carga en su pistola cuando fue hallada en el suelo del laboratorio.

—¡Imposible! ¡Yo no disparé! ¡Ni una sola vez! —gritó Marco.

—Entonces, ¿cómo justifica eso, señor Richmond?

—¡No lo sé! ¡Les aseguro que no lo sé! Pero ¡jamás disparé esa carga! ¡Ni nadie pudo hacerlo!

—Está bien —suspiró el policía —. No puedo creerle. Pero dejemos eso. Hay otro punto; ¿y el «Electrogen»?

Marco apretó los labios con fuerza. Su rostro cobró una expresión hermética.

—No lo sé —declaró fríamente.

—Usted se lo llevó. Es una prueba. Puede ser importante para su defensa... o para su acusación —explicó el policía —. ¿Por qué no me dice lo que hizo con ello?

—No sé —aseguró Marco—. No sé nada del «Electrogen».

—Pero ¡Marco, no seas loco! —pidió Leslie, implorante—, ¡Tú te lo llevaste, después de comprobar que Kirk estaba muerto! ¡Anda, tienes que confesarlo así! ¡Diles dónde está, dónde ocultaste tu ingenio!...

—No. No tengo por qué decir nada. El «Electrogen» es mío. Yo me lo llevé. Pero nadie va a saber dónde está. No tienen derecho a ello, Leslie. Ni tú debes decir nada, si de verdad estás a mi lado.

—Yo sólo quiero ayudarte, Marco.

—Nadie quiere ayudarme —denegó Richmond inesperadamente, moviendo su cabeza con fatalismo, en forma negativa—. Nadie está a mi lado . Estoy solo... Solo Leslie...

—¡Oh, Marco, por Dios...!

—Déjele —pidió el policía, apartándola de él —. No se da cuenta de nada. Está alterado, confuso. No cree en nadie, ha perdido la fe... Va a ponerse en un mal lugar, va a complicarse él mismo la vida por no ser franco con nosotros. No sé si el Gran Tribunal será capaz de absolverlo, pese a toda su ayuda, señorita Crystal...

Leslie, desconsolada, rompió a llorar. Se alejó a la carrera y salió de la estancia.

Marco Richmond, estúpidamente, como un ser hipnotizado, continuó inmóvil, sentado en su asiento, frente a la mesa del inspector Kraal. Sin llamarla, sin hablar, sin revelar emoción alguna.

Como si todo lo que pudiera suceder ahora careciera de importancia para él. Incluso una acusación por asesinato y sus consecuencias posteriores...

* * *

—... Y trataré de demostrar al Jurado que una de las cápsulas termonucleares del arma del acusador, Marco Richmond, fue disparada contra Kirk Lawton, causándole la muerte.

—¡Es falso! —gritó Leslie Crystal, incorporándose, violenta, en su asiento—. ¡Yo estaba delante... y Marco Richmond jamás oprimió el disparador de su arma, ni brotó de ella proyectil alguno!

—Repórtese, señorita —avisó fríamente el juez del Gran Tribunal —. Sus simpatías por el acusado y su espontánea demostración de lealtad a nada conducen. Habrá de pagar diez «créditos» de multa por desacato al tribunal. Y, si volviera a intervenir en la buena marcha del proceso, será condenada a una semana de prisión. Está advertida, señorita Crystal...

Ella, confusa, se dejó caer en su asiento. Cientos de personas en la sala y miles a través de las cámaras de TV., estaban pendientes de ella. Y Leslie, de repente, se dio cuenta de ello, dominándose lo mejor que pudo. Pero sus ojos, patéticamente, fueron hacia Marco Richmond, que sonrió, agradecido a su esfuerzo, desde el banquillo de los acusados, con su faz pálida y demacrada por el curso de los acontecimientos adversos.

—Señores del Tribunal y del Jurado —habló el fiscal, reanudando su disquisición con una sonrisa irónica—. Es muy natural que la señorita Leslie Crystal, aparte de su probada simpatía, incluso afecto íntimo, diría yo, por el acusado Marco Richmond, opine sinceramente de ese modo, ya que ella, aunque presente en la escena que tuvo lugar entre ambos hombres, fue incapaz por completo de seguir todo el curso vertiginoso de la misma. Además, la presencia de chispas luminosas en la escena y el cortocircuito o la corriente que por simpatía eléctrica con las descargas tormentosas del exterior generó el «Electrogen», demuestran claramente que una persona, con la mejor voluntad, e incluso no queriendo ser parcial en el proceso, «no podría» advertir un nuevo chispazo, como el que produce una descarga termonuclear de pequeño calibre, como corresponde al arma del acusado...

Marco inclinó la cabeza, desalentado. El fiscal era lo bastante hábil como para canalizar debidamente las simpatías populares que la reacción de Leslie pudo haber provocado, y llevarlas a un terreno favorable. Admitía con simpatía los esfuerzos de la joven... y fríamente, a la vez, los despojaba de todo valor legal a ojos del Jurado que dictaminaría la inocencia o culpabilidad de Marco Richmond.

—Es inútil —se dijo —. Todo inútil. Jamás podré demostrar que yo no tuve nada que ver con la muerte de Kirk Lawton...Miró hacia la sala, con desesperanza, mientras el fiscal continuaba sus argumentaciones contundentes, inexorables. Casi odió a aquel hombre. ¿Por qué tenía que acusarle con aquel ensañamiento? ¿Qué mal hizo él jamás a nadie, para merecer una ferocidad semejante?

En cambio, Leslie, de quien él sospechara tan monstruosamente, estaba allí, en la primera fila del público que, en forma de herradura, rodeaba el semicírculo donde se alzaban los estrados del Tribunal, del Jurado... y del reo, entre su acusador y su defensor.

La vio con el rostro entre las manos, quizás llorando. Junto a ella había un hombre, el inspector Kraal, de la policía, que la contemplaba de soslayo, pensativo. Compasivamente, al parecer. Y, al otro lado, un hombre con gafas oscuras, envuelto en un sobretodo negro, que parecía más atento a la palabra del fiscal que a los sollozos de su vecina de asiento.

Marco Richmond observó de pronto que el hombre de las gafas oscuras giraba la cabeza, mirándole a él. A pesar de que no podía descubrir sus ojos, a pesar de que usaba las gafas oscuras, casi negras de cristales, experimentó la singular impresión de que la mirada del hombre le taladraba, llegaba al último rincón de su cerebro…

Con una extraña sensación de desagrado, desvió la mirada y contempló fijamente al fiscal, que concluía el caso. A pesar de ello, no podía sustraerse a la idea de que el hombre de las gafas oscuras estaba pendiente de él, lo estudiaba de un modo casi taladrante.

—…y aquí concluyó el caso, señores. Será preciso suponer que este hombre, Marco Richmond, honrado investigador de la Ciencia hasta hoy, se sintió impulsado al crimen por el odio hacia el hombre que abusó de su confianza… O que tuvo un arrebato súbito, casi una demencia, provocada por la pérdida de aquello en que cifró todas sus esperanzas, y le llevó a matar estúpidamente, sin él quererlo siquiera.

—¡Es falso! —aulló Marco, incorporándose con violencia—. Es falso todo, señor fiscal! ¡Miente usted en sus arteras acusaciones! ¡Es un ruin y un malvado si pretende acusarme de lo que jamás hice! ¡Pero si lo hubiera hecho, no sería por demencia ni por súbitos arrebatos, sino porque considero la lealtad y la bondad humana como algo tan grande y tan digno de valor, que al verme traicionado vilmente, robado de forma criminal por el hombre que tenía toda mi confianza, deseé matarlo! ¡Sí, lo deseé con toda mi alma y fui a su casa a matarlo! ¡Fría y premeditadamente, señor Fiscal! ¡No por acto de demencia!

Un murmullo sordo acogió sus declaraciones. El juez hizo sonar desde su estrado el pequeño gong de atención. Luego, contempló al fiscal, que sonreía, triunfalmente, señalando al acusado con mano rígida:

— Ahí tiene el Tribunal la mejor prueba, ofrecida ingenuamente por el propio acusado. Si es culpable o inocente, juzgue el Jurado… Yo, nada más voy a decir.

Marco se sentó, furioso todavía. Las miradas de los presentes, de la propia Leslie, asustada y trémula, le dijeron que había cometido un error. Pero le daba igual. Todo le daba ya igual, a fin de cuentas…

* * *

—... por lo que el acusado, Marco Richmond, a juicio de este Jurado, deberá ser considerado CULPABLE de su delito de homicidio de Kirk Lawton...

Después de esa manifestación concreta, rotunda, del Jurado que había de resolver el caso, hubo un silencio de muerte. Dificultosamente, Leslie ahogó un pequeño grito. Luego, el portavoz del Jurado se volvió lentamente hacia el Tribunal y añadió:

—Pero, como atenuantes y escuchada la espontánea declaración que Marco Richmond hizo de sus intenciones, este Jurado se permite sugerir que el acusado sea estudiado clínicamente por médicos psiquiatras designados al efecto, para comprobar si, realmente, su culpa es puramente criminal o sólo producto de un natural desequilibrio, provocado por el constante trabajo mental del acusado y el «shock» que la traición de su colaborador produjo en él.

El abogado de Marco frenó a éste con energía, cuando el joven trató, impetuosamente, de levantarse de nuevo, para iniciar una dura protesta. Le avisó, en voz baja, con acento excitado:

—¡Quieto ahí, por Dios! Una revisión psiquiátrica, en la Institución Internacional, significa un margen de un par de meses. Durante ellos, trataré de resolver el caso, Richmond. Y lograr su absolución o su internamiento temporal, bajo el diagnóstico de enfermo mental.

—¡No quiero eso! ¡Es una argucia legal indigna! ¡Yo estoy cuerdo! ¡Nunca sufrí trastornos mentales!

—¡Por favor, Richmond, ya lo sé! —gruñó, el abogado — , Pero ellos no lo saben. Mientras existe una duda razonable y usted no sea condenado definitivamente, hay una oportunidad de apelar, de luchar... Y eso es lo que vamos a hacer. Si tiene la suerte naturalmente, de que el Gran Tribunal acepte esa revisión médica...

La tuvo. El Gran Tribunal se pronunció en ese sentido. El abogado, mientras los murmullos y rumores corrían la sala, tras haber sido sentenciado Marco Richmond por homicidio, aunque sujeto a revisión clínica en la Institución Internacional de Psiquiatría, se inclinó hacia el acusado y le susurró:

—Ahora, por favor, Richmond. Déme el informe que solicito de usted. Lo único que puede probar su inocencia, si realmente es inocente.

—¿Qué quiere?

—El «Electrogen». Es lo que puede servirle para demostrar al Jurado y al Tribunal que Kirk pudo morir a causa de la descarga

eléctrica originada por ese mecanismo y la fuerte tensión provocada por la tormenta…

—No diré dónde está oculto — negó Marco—, Una vez me fue robado. No lo será de nuevo.

—¡Por favor, Richmond, tiene que confiar en mí! ¡Soy su abogado!

—No. No confío ya en nadie. No diré dónde tengo el «Electrogen». Nadie, sino yo lo sabrá. Está bien oculto, donde nadie pueda hallarlo. Eso basta.

—¡Muy bien! —Irritado, el abogado se incorporó, mirándole furiosamente—. ¡En ese caso, Richmond, tendrá que defenderse usted solo, porque yo renuncio! ¡No tiene abogado! ¡Ni ningún otro abogado se cuidará de su caso, se lo garantizo!

—Me tiene sin cuidado —dijo con calma Marco Richmond—, Me defenderé solo, si es necesario…

—¡Excelente! ¡Usted mismo se condena a morir, Richmond! ¡Está paseando sobre una cuerda floja, por encima de un abismo! ¡No podrá mantener el equilibrio, si no confía en una mano amiga, tendida hacia usted! ¡Y ese abismo terminará por tragarle fatalmente!

—No me preocupa —sonrió fría, indiferentemente—. Nada me preocupa ya, sino mi «Electrogen». Es producto de mi mente. Y, como tal, nadie lo disfrutará, si yo muero. Ni siquiera esta sociedad estúpida y ciega, que me condena siendo inocente…

El abogado, furiosamente, dio media vuelta y se alejó de Marco Richmond, quien quedó solo en el estrado. Con su sire de hombre vencido, de hombre que desconfiaba de todo, de todos, de hombre que ya no creía en nadie, ni esperaba nada de nadie…

El aspecto, en fin, de un hombre que aceptaba aquel abismo citado por el abogado y admitía, como inevitable, el ir a parar a él en mortal zambullida…

CAPÍTULO IV

LA TRAICION Y EL SUEÑO

Esperamos su informe. ¿Qué es lo que ha logrado de Marco Richmond?
—Absolutamente nada —suspiró el gordo hombrecillo que acababa de cruzar la puerta de la estancia, con un resoplido de fatiga —. No quiere hablar.

—¡Es necesario que lo haga, Runnol ¡Usted es quien más facilidad tiene para lograr eso, de un modo u otro.

—La tenía, señor —replicó Runno—. Le amenacé con dejarlo a su merced, si mantenía el silencio. Esperaba que así cediera, asustado por las consecuencias. Pero aceptó mi renuncia. Me echó de su lado.

—¡Imbécil! —aulló el hombre sentado en la estancia, incorporándose de un salto —. ¡Imbécil de todos los diablos! ¿Por qué tuvo que hacer eso, Runno?

—Yo creí que...

—¡No debió creer nada, maldito idiota! ¡Las órdenes eran concretas! ¡Tenía que seguir siendo su abogado, ganarse su confianza plena, hasta el último momento aprovechable, para arrancarle el secreto, para saber dónde guarda su valiosísimo invento! ¡Y ha fracasado, pese a ser un gran abogado!

—Lo lamento, señor. Soy un buen abogado, pero no un mago. Y Richmond no está dispuesto a creer en nadie. Quizá no le falta razón, puesto que somos muchos los que vamos tras su invento. Y, aleccionado por la traición de Kirk, no quiere confiarse a nadie. Es más, existe en él un rencor latente. Dice que el mundo que le sentencia, no disfrutará de su éxito...

—¡Al diablo el mundo! —rugió el otro, descargando un puñetazo tal sobre el vidrio plástico de su mesa, que lo quebró.

La superficie negra, bruñida, se llenó de grietas y estrías. El abogado Runno Skull, se echó atrás, asustado, mientras el otro proseguía:

—¡Lo que yo quiero es el invento! ¡Y para mí, no para el mundo! ¡Yo le pago a usted miles y miles de «créditos» para defender a Richmond, aparentando ser su defensor de oficio! ¿Y usted, qué hace?

¡Se pone digno y renuncia a su defensa!

Vuelva inmediatamente! Vuelva y hágase cargo nuevamente de él... ¡o morirá!

Runno Skull palideció intensamente. Asintió, con un apresurado movimiento de cabeza. Y, con un temblor de auténtico pánico, aseguró a su jefe:

—S... sí... Trataré de lograrlo... Creo que lo haré, patrón...

—Será lo mejor. O un «infortunado accidente» terminará conn usted, Runno...

* * *

Marco Richmond ingresó en la Institución Internacional de Psiquiatría, Sección Forense, dos días después de la sentencia provisional del Gran Tribunal. Rechazó por tres veces los esfuerzos desesperados de Runno Skull para ser nuevamente su abogado.

Al otro día, el periódico trajo una simple noticia, de la que los reportajes televisados no llegaron a ocuparse siquiera.

«El abogado Runno Skull, que cuidó tan infortunadamente de caso de Marco Richmond, acusado de homicidio en la persona de su socio ladrón, Kirk Lawton, ha encontrado la muerte en un infortunado accidente, al ser aplastado su turbo-car, en la Via 113 del Nivel 3 de la Gran Metrópolis, por otro turbo-car de mayor potencia que se dio a la fuga tras el suceso, sin lograr ser identificado...»

Marco no llegó a enterarse de eso. Y mucho menos del epílogo, amenazador para él, que tuvo aquella nueva traición planeada contra su persona, en la sombra de lo anónimo.

Personas que él ni siquiera conocía, estaban discutiendo su destino, en una cámara hermética de una vivienda situada bastante lejos de la Institución Internacional de Psiquiatría...

Una de aquellas personas, la que decidía sobre la suerte de Marco Richmond, era la que con tanta precisión había predicho el final trágico del abogado Runno Skull tras su error del último día del proceso contra Marco Richmond...

— Ya sabéis lo que ha de hacerse —habló el hombre, tras su mesa de trabajo, cuyo negro tablero de vidrio plastificado había sido renovado, y no mostraba ya la menor grieta —. Ese hombre no debe permanecer más tiempo en la clínica del Estado. El *pentothal* o cualquier otro suero de la verdad, puede hacerle hablar demasiado y revelar a las autoridades dónde ocultó el «Electrogen». ¡Y ese instrumento ha de ser nuestro! De modo que, mañana por la noche, víspera de su revisión especial, para dictaminar su estado mental, y ser o no devuelto a la jurisdicción del Gran Tribunal, Marco

Richmond deberá de ser LIBERTADO de su prisión clínica. Para ello, tres de vosotros os presentaréis en la Institución Internacional de Psiquiatría y...

* * *

Se había dormido muy pronto. Quizás por eso se despertó antes.

Su reloj marcaba solamente las ocho. Las ocho de la noche. De aquella noche, precisamente. La noche que era víspera de su revisión. De esa revisión, frente a un Tribunal médico de psiquiatras especializados en Medicina Legal, saldría un enfermo mental o un hombre sano, en este último caso sufriría el castigo correspondiente al homicidio sin atenuantes. El castigo sería la última pena. Así lo marcaba, sin rodeos, la nueva legislación universal.

Marco Richmond se despertó a las ocho. El sudor bañaba su rostro. Hacía calor en la estancia, un calor bochornoso, como el de aquellas noches que precedieron a la tormenta. Sólo que ahora, el cielo despejado no ofrecía resquicio a tormenta alguna, más allá del tragaluz totalmente transparente, pero también hermético y blindado, que formaba el centro del techo de su cámara.

La luz difusa, tenue, que daban las lámparas indirectas de los muros, prestaban un aire acogedor y apacible al lugar. Toda la ciudad tenía un matiz azulado, sedante para los nervios. El lecho, de esponjosa blandura de goma roja, sobre soportes magnéticos, invisibles pero elásticos y confortables, completaba esa sensación apacible

Marco Richmond se despertó con la sensación de que algo sucedía en la luz, con la seguridad de que ésta parpadeaba violentamente, oscilaba como al producirse un temporal, a pesar de que en el exterior, ni viento ni tormenta eléctrica alteraban en lo más mínimo la calma bochornosa, cálida, de la noche estival.

Era cierto. Las luces oscilaban. El parpadeo confuso y débil al principio, se hizo después más intenso. Hubiérese dicho que los rayos se acercaban a la ciudad, para soltar más cerca su formidable descarga. Pero no había rayos, ni luz, ni estruendos, ni nubes siquiera en el azul cobalto de la noche veraniega...

De repente, la luz se extinguió. La luz azul se apagó, con un chasquido brusco, v se hizo la oscuridad.

Apenas duró un segundo, mientras Marco se mantenía sentado sobre el lecho, fija la vista en la oscuridad que le rodeaba, combatida por el tenue resplandor azulado del tragaluz superior.

Luego ante su lecho, algo se materializó.

Primero fue un chispazo, un fulgor centelleante, vivido, de un

blanco deslumbrante, que luego se azuló para terminar en un tono metálico, extraño, lívido. Y fuertemente luminoso.

Era corno una esfera de luz, oscilando a los pies de su lecho. De repente, poco a poco, la esfera se distendió, se deformó, estirándose como una burbuja de goma de mascar o como la mancha de líquido que se extiende sobre una superficie esponjosa.

Produciendo zigzagueos de luz, «aquello» empezó a adelgazar, a tomar un raro parecido con un cuerpo humano. Un cuerpo de luz, una figura o silueta de hombre; pero en vez de estar formada o dibujada por una corporeidad física, de carne y hueso, siguió siendo simplemente luminosa. Una mancha de luz que se movía... Una mancha de luz azulina, centelleante... *Con cabeza, brazos, piernas, tronco.*

Una forma luminosa, erguida al pie de su lecho, en la que incluso parecía existir algo parecido a un rostro; una serie de manchas azules, como la imaginaria faz de la Luna, formaban una cara inexpresiva, en plena mancha de luz...

Una forma que, de repente, habló. Y le habló a él...

—Buenas noches, Marco Richmond. Soy tu amigo. Y he venido a sacarte de aquí...

* * *

Era un disparate. *Tenía* que ser un disparate. Aquella figura luminosa no podía hablar... Sin embargo, la voz llegaba de su rostro y éste se movía, como si realmente unos labios fuesen modulando palabras, expresando ideas...

—Oh, esto es imposible... —susurró Marco, frotándose los ojos—. No puede ser cierto. Ó es una prueba de los médicos, para someter mi mente a un experimento...

—No es ningún experimento. Estás, realmente, ante un ser luminoso —respondió la misma voz. Una voz rara, extraña, que más que sonar en sus oídos, como cualquier otra voz, le llegaba directamente al cerebro. El ser luminoso vibraba, parecía emitir simples ondas de luz que, por un raro prodigio, llegaban a su cerebro convertidas en sonidos. En palabras, pronunciadas por una voz de metálicas inflexiones...

—¿Un ser *luminoso*? —Marco rió, despectivo—. Eso es absurdo, es grotesco... Vamos, vamos, dejaos de farsas. Si esperáis que yo responda como un loco a vuestras pruebas psicológicas, estáis en un error. No maté a Kirk Lawton. Pero no estoy loco. Si lo hubiera hecho, repito que sería con plena conciencia de lo que hacía.

—Me hablas como hablarías a tus médicos —rió el ser de luz, con una rara vibración de su aspecto centelleante, de su silueta luminosa

de asombroso remedo humano —. No es ninguna farsa. Ni ningún truco. Yo.... soy yo mismo, tal como me ves. Una criatura luminosa, Richmond. En vez de materia, tal y como vosotros la concebís, estoy formado de partículas de luz y de energía. La luz es mi materia y la luz me alimenta. A mi vez, rechazo la luz por mi propio natural. Para ello, necesito formarme en la oscuridad.

—Se lo bastante sobre luz para saber que esto es una estupidez, ideada por un cerebro estrecho —se burló Marco Richmond —, La luz no tiene forma, ni voz, ni otra vida que su propia energía...

—Y yo soy energía; mi vida, mi voz, mi forma, corresponden a energía pura —le respondió—. Los seres luminosos existimos, Richmond. Sólo que, hasta ahora, nos había sido imposible establecer contacto con vosotros. Venimos, de lo que podría llamarse otra Dimensión, en vuestro concepto. De mundos de luz, de medidas y formas inexistentes para el humano sentido de esas medidas y formas, de esas dimensiones físicas, que tanto representan aquí... y tan poco en nuestro ámbito. Nosotros, en nuestra Dimensión de Pura Luz, de la luz vivimos y de ella nacemos.

—¡Mentira! ¿Cómo podrían otros seres salvar la barrera dimensional, la pura y simple muralla física que se opone a romper las inmutables leyes naturales, tolerando el paso de criaturas de luz, en un mundo de formas concretas, de seres de carne y hueso, donde la luz es solamente parte de su ambiente vital, pero no razón ni móvil de existencia?

—Eres inteligente, Richmond... Puedes juzgar y entender mejor que otros. Has llegado a dominar las fuerzas misteriosas de la luz, de la Electrónica, y del fluido eléctrico. Tú, mejor que nadie, tienes la respuesta a todo eso.

—¿Y por eso vienes a mí? ¿Por eso me visitas en mi celda?

Es necio pretender engañarme, hombre luminoso o lo que seas. Di a los médicos que te han formado ante mí, no sé aún por qué truco, que pierden su tiempo. Estoy sano. Si un hombre sano debe morir ejecutado, aunque sea inocente, que empiecen a preparar mi ejecución, porque no estoy loco ni lograrán hacerme pasar por tal. ¡Fuera, por todos los diablos! Tengo sueño...

—Mientes, Richmond. Puedo leer todos tus pensamientos. 0 casi todos. Y no tienes sueño. Sólo que no crees en mí, ni tampoco en mi verdad...

—Es posible que sea eso. Anda, vete, espantajo. Quiero dormir. Y no me gustan los trucos de proyección y sonido, si sirven para experimentar conmigo. ¡Largo de aquí!

—Richmond, te equivocas conmigo. Te equivocas. En cierto

modo, soy amigo tuyo. Yo maté a tu peor enemigo. YO SOY EL ASESINO de Kirk Lawton... Yo ESTABA ya en aquella cámara, cuando él murió. Pero ni tú, ni la chica, podíais verme. Era apenas una chispa de luz, formada en la cámara... Pero ya era yo mismo. Lux.

—¿Lux? ¡Es un nombre ridículo!

—De acuerdo. —Algo parecido a una risa, sacudió a la forma luminosa —. Pero no encuentro nada mejor en nuestra pobre lengua de sonidos. Para ti, soy tu amigo Lux, el que mató a Kirk Lawton. No puedo declarar ante los jueces, lamentablemente. No me darían crédito, menos aún que tú. Es difícil entenderse entre seres de distintos mundos...

—Y tú, sin embargo, supuesto ser de una Dimensión luminosa, vienes a mí en plan amistoso. ¿No ves lo disparatado y absurdo que resulta? ¿Por qué había de ser yo, precisamente, el elegido? ¿Por qué? Hay millones de seres en el mundo. Libres, dueños de sus actos, a los que es más fácil llegar...

—A mí me da igual eso. Puedo llegar hasta quien quiero. Y, como prueba cierta de lo que te digo..., vendré a ponerte en libertad esta madrugada.

—No lo lograrás.

—Claro que sí. Los médicos posiblemente dictaminarán que eres un tipo normal, y te ejecutarán. Eso no me gustaría.

Así que vendré a libertarte. Para llevarte conmigo, fuera de esta prisión. Pero a cambio de tu ayuda, claro está.

—¿Mi ayuda? —Marco rió, despectivo—. ¿Y en qué podría yo ayudar a un ser luminoso?

—En lo único que posees. En lo único que realmente nos interesa a nosotros, los seres de luz... ¡El «Electrogen»!

—¿De modo que es eso? ¿Mi «Electrogen»? ¡Vamos, fuera! ¡Fuera, quienquiera que utilice este truco estúpido! —aulló Marco, revolviéndose hacia los muros en sombras—, ¡No admito trucos! ¡Nadie va a robarme mi invento, utilizando proyecciones y tonterías!

Se incorporó en el lecho, avanzó por éste sobre sus pies, para lanzarse sobre la marcha de luz en forma de ser humano, erguida a los pies de su lecho. Pero no llegó a hacer nada.

Cuando llegó a los pies mismos de la cama, la sombra de luz extendió algo parecido a una mano. Le tocó, con sus extremidades chispeantes, fluorescentes. Marco chilló, sintiendo un cosquilleo electrizante en los miembros, que le hizo vibrar el cerebro. Luego, se derrumbó sobre el lecho, inconsciente. Quedó inmóvil, entre las ropas revueltas, mientras una voz lejana, metálica, burlona, la voz del

supuesto ser de luz, repetía:

—¡Volveré a por ti, Marco Richmond! ¡Volveré a desvanecer tus desconfianzas y a llevarte conmigo a nuestra Dimensión de Luz! ¡Volveré… porque tú puedes darme, a cambio de mi ayuda, tu «Electrogen»! ¡Y el «Electrogen» es la puerta, Richmond! ¡LA PUERTA QUE NOS PERMITE ENTRAR Y SALIR DE VUESTRO MUNDO!

Los ecos de la voz se apagaban en su cerebro. Fue hundiéndose en un sopor, en una sombra densa de inconsciencia, de aturdimiento, de sueño profundo…

* * *

—Cálmese, Richmond. Ha sido todo un sueño. Un mal sueño.

Marco quiso incorporarse. Las manos fuertes y, a la vez suaves, del doctor Marston, jefe de la Sección Legal de la Institución, lo retuvieron en el lecho, sin dejarle hacer su voluntad. Captó la sonrisa firme, en el rostro ancho, que remachaban los cabellos grises, ondulados, de un tono casi plateado.

—Vamos, vamos —insistió el doctor Marston —. La pesadilla ya pasó, Richmond…

Marco clavó sus ojos estupefactos en Marston. Poco a poco, fue recobrando la razón, dándose cuenta de que estaba en su lecho, envuelto en sus ropas, bañado en sudor…

—Pero… pero ¿qué ha sucedido? —gimió.

—Nada grave —sonrió el médico psiquiatra —. Sus gritos y voces nos hicieron acudir. Se revolvía usted en su lecho como si estuviera poseído de un ataque espasmódico. Gritaba, echando a alguien de aquí. A una criatura luminosa, según pude colegir por sus palabras. Alguien que le pedía el «Electrogen», alegando que lo necesitaba para volver a su mundo o para traer aquí a otros seres de ese mundo mismo…

Marco, muy pálido, jadeó entre dientes:

—Dios mío. Entonces… era cierto…

—Sí. Era cierto que soñaba —rió Marston —, Pero nada más. Esta cámara es hermética. No hay nadie en ella, ni nadie salvo nosotros puede entrar aquí.

—Fueron ustedes. ¡Sé que fueron ustedes! —chilló Marco—, ¡Era un truco para sonsacarme, para intentar hacer algo conmigo!

—No sea tonto, Richmond —negó suavemente Marston—, Nosotros no usamos trucos que exciten a nuestros pacientes. Por el contrario, los calmamos, a despecho de lo que la Justicia espere de

nosotros. El enfermo es antes que el culpable. Y usted no parecía tan excitado antes como ahora. Le aseguro que nadie ha hecho nada por sonsacarle cosa alguna. Y, desde luego, tampoco ha podido entrar nadie aquí. Debió de soñar, simplemente. Una pesadilla es algo perfectamente normal, que puede sufrir cualquiera, sin que por ello esté enfermo necesariamente... ¿Se da cuenta?

—Una pesadilla... ¡Una pesadilla! —Marco inclinó la cabeza, desalentado —. Sí, eso tuvo que ser...

Miró en derredor suyo. La luz azulada de la estancia seguía siendo igual que antes. Allá arriba, por encima del tragaluz, las estrellas distantes, el azul oscuro del cielo, no había variado. El doctor Marston tenía razón. Tuvo que ser una pesadilla. Si ellos no realizaron un truco con él, para obtener resultados definitivos respecto a su dictamen clínico, ¿qué otra cosa podía justificar la presencia de un ser de luz, de un ente luminoso, capaz de hablar y moverse como un ser de carne y hueso?

—Una pesadilla... —gimió Marco Richmond de nuevo, reclinando la cabeza en la almohada —. Dios mío, sí... La electricidad, la luz, me obsesionan, desde lo del «Electrogen»... Ustedes... ustedes también quisieran saber dónde lo oculté, ¿verdad, doctor Marston?

—Se equivoca, Richmond —sonrió el psiquiatra, moviendo la cabeza negativamente—. No quiero saber nada de ese aparato. Yo no soy experto en electrónica... ni en investigación policíaca. Me tiene sin cuidado saber si usted mató a aquel hombre o no. Y también si su obra es un arma homicida o un ingenio que justifica el asesinato de un ser humano. Sólo nos preocupa su mente. Desde el punto de vista médico primero. Luego, en el terreno legal. Eso es todo, Richmond.

Marco respiró hondo. Dijo entre dientes, con un murmullo:

—Es usted el primero... el primero que no desea saber demasiado. Gracias, doctor Marston. Si no es un gran farsante, creo que puedo confiar en usted. Y es tan agradable confiar en alguien...

—Sí, eso lo entiendo. Debe confiar en alguien, Richmond. En caso contrario, si no está ya totalmente loco..., terminará por estarlo. Todos debemos confiar siempre en alguna persona. En una sola, si es preciso, aun cuando las demás nos hayan decepcionado.

—Una sola... Pero cuando esa sola persona no existe, doctor...

—Tal vez sea la que ahora lo visita. La que está afuera, esperando ser recibida, si usted se halla en condiciones para ello...

—¿Una persona... que quiere verme? —denegó con temor casi —. No, no... No quiero ver a nadie...

—¿Ni siquiera... a ella? —sonrió el doctor Marston.

—¿Ella? —se incorporó—. ¿Es... es ella...? La señorita... Crystal, ¿verdad?...

—Sí. Leslie Crystal.

—Eso es diferente... —respiró con fuerza —. La veré. Sí, la veré... si es posible...

Marston se incorporó. Movió la cabeza, afirmando.

La entrevista con las visitas que traen, como la señorita Crystal, un permiso especial, pueden durar hasta quince minutos, en el salón de visitas... Está autorizado, Richmond...

CAPÍTULO V

LO QUE NO ERA SUEÑO

Le contemplaron los dos, a través del muro invisible magnético que les impedía aproximarse entre sí, pero que, sin embargo, no impedía que se vieran totalmente. Era la ventaja de un tabique sin cuerpo ni solidez, formado simplemente por ondas magnéticas.

—¿Por qué has venido a verme, Leslie? No lo merezco, después de lo que hice... Dudé de ti, no tuve fe ni confianza en tu lealtad...

—Está olvidado, Marco —sonrió ella, desde el otro lado de la barrera magnética que partía invisiblemente en dos la larga mesa de entrevistas del pabellón celular de la Institución Internacional de Psiquiatría —. Era lógico que desconfiaras de todo y de todos.

—De ti, no. No debí hacerlo, Leslie.

—Pero lo hiciste, Marco, y no te lo reprocho. Yo, quizás hubiera hecho igual. Lo lamentable es que, por quererte ayudar, lo único que hice fue dar a los jueces una razón, un motivo para ese supuesto asesinato que yo sé que no cometiste...

—Olvídalo tú también, Leslie. Luchaste por mí, mucho más de lo que yo merecía. Es lo que cuenta.

—Y tu gratitud, tu reconocimiento de ahora, Marco... también es lo que cuenta para mí. —Ella parpadeó. Tenía húmedos sus hermosos ojos azules. Luego, añadió—: Pero no ha sido para hablar de todo eso, por lo que he venido aquí... Es por algo más. Por mucho más, Marco...

—¿De qué se trata, querida Leslie? —Trató de extender sus manos, tocar las de ella, apoyadas sobre su sección de mesa. Pero la frontera magnética repelió su intento, con una sacudida brusca, que le hizo retirar los brazos nuevamente—. ¡Vamos, habla!

—Tu abogado, Runno Skull..., ha muerto.

—¡Cielos! ¿Es posible? —Marco arrugó el ceño—. No esperaba ya nada de él, puesto que lo rechacé, pero... Bueno, lo lamento de verdad.

—No es sólo lamentable, Marco. Fue un accidente... en apariencia. Pero yo creo que lo asesinaron.

—¿Asesinado? ¿Quién? ¿Por qué?

—No sé. Tal vez por las mismas personas que mataron a Kirk Lawton, si es que no lo mató la descarga de tu «Electrogen»... Y ahora, he oído rumores de que alguien intentará sacarte de aquí. Sea como sea, lo intentarán... y todo por el «Electrogen».

—Cielos, ese invento mío no ha logrado otra cosa que complicarme la vida, desde que existe —gimió Marco —, ¿Dónde oíste eso, Leslie? Si la policía lo sabe, vigilará esto, evitará que me saquen de aquí

—He ido a la policía, pero se han burlado de mí. Dicen que nadie puede intentar tal cosa porque esta Institución está vigilada, muy vigilada. Yo he averiguado que una organización secreta, unos delincuentes a los que pertenecía Runno Skull, han intentado descubrir tu secreto, Marco.

—Sí, Runno insistió en saber dónde oculté yo mi invento, pero ignoraba que...

—Eso lo confirma todo, Marco —suspiró. Leslie, mostrándole un papel —. Mira este anónimo. Quizás lo escribió el propio Runno, asustado, temiendo ser muerto por sus compinches.

Marco leyó las escasas palabras en el papel: «CUIDADO. INTENTARAN LIBERTAR A MARCO RICHMOND PARA SABER DONDE TIENE EL «ELECTROGEN». NO VACILAN EN MATAR...»

—Ten cuidado, Leslie —avisó Marco—, No te mezcles en esto. Es peligroso.

—Ni tú, ni nadie, lograrán apartarme de este asunto. Marco. Si descubrimos quién mató a Kirk, de no ser tu ingenio electrónico..., es posible que logremos rescatarte de todo esto.

—Es curioso —sonrió Marco—, Yo podría decirte quién mató a Kirk.

—¿Tú? —Ella parpadeó, sorprendida —. ¿Hablas en serio, Marco?

— No, no me hagas caso —rió él—. Iba a decirte que el culpable era un hombre luminoso...

—¿Un *hombre luminoso*? ¿Qué broma es ésta, Marco?

—Olvídalo —rió Marco —. Era un sueño. Un sueño que tuve, y que llegó a parecerme realidad. Un sueño en el que existía una criatura de luz, un ser llegado de una Dimensión luminosa, que utilizó mi «Electrogen» como puerta de entrada a nuestro mundo tridimensional, de formas y de estructuras humanas...

Soltó una agria carcajada, y meneó la cabeza.

—Olvídalo, Leslie —añadió —. Es lo mejor. Era sólo eso. Un sueño.... Los hombres luminosos no existen. No son posibles, y ambos

lo sabemos...

* * *

Ahora no le era ya tan fácil conciliar el sueño. Estaba pensando. Pensando en Leslie.

Ella, al otro lado de aquellos muros, estaba esforzándose en luchar por él. Como ya lo hizo antes, visitando a Kirk Lawton y fingiéndose una mujer sin escrúpulos, para lograr la prueba decisiva contra el ladrón.

Ahora, a pesar del peligro que suponía la existencia de gentes interesadas en poseer su «Electrogen», ella continuaba con sus esfuerzos. Era una gran chica.

Su teoría parecía ser la de que son los mismos que habían eliminado a su abogado, y pretendían rescatarte del centro sanitario, para obtener su secreto, eran los que mataron a Kirk Lawton.

Pero siempre, al pensar en todo eso surgía la duda, la incógnita sorprendente, que hacía dudar a Marco: ¿cómo pudieron matar a Kirk? ¿De dónde llegó la descarga mortal, dónde se ocultaba la persona que pudo cometer el crimen ante Leslie y él mismo, sin que ellos lo vieran, sin que descubriesen su presencia o la naturaleza misma del disparo?

Evidentemente, eran demasiadas cosas las que ocupaban su mente. Y todas ellas contribuían a hacerle dudar, a sentirse lejos, muy lejos de una posibilidad de escapatoria del cerco que lo envolvía, desde e instante en que Kirk le robó su invento, hasta ahora, en que pesaba sobre él una inconcebible acusación por homicidio...

Y todo eso por un ingenie manejable, de reducidas dimensiones, por una varilla rematada por una esfera, capaz de generar energía eléctrica. ¿Para qué podía servirles a los delincuentes? ¿Habían imaginado una aplicación práctica del ingenio, que facilitase sus delitos y los hiciera más productivos?

Marco Richmond, desalentado, se incorporó del lecho. No, no podría dormir por mucho que lo intentara. Ni siquiera cabía el consuelo de soñar con seres luminosos, que pudieran cargar con las culpas de todo aquello.

Marco oyó pasos por el corredor. Se acercaban a su cámara. Quizás alguna nueva revisión médica No esperaba más visitas ni era, ciertamente, la hora ce aceptarlas en la Institución, por muy especial que fuera el permiso que trajesen.

La puerta se abrió, tras el doble chasquido de las conexiones de seguridad que le mantenían herméticamente encerrado al ser

accionadas desde el corredor externo.

Estupefacto, Marco descubrió, al volver la cara, que el médico-guardián aparecía dominado por tres fusiles de cargas corrosivas, empuñados por tres hombres de rostros enmascarados por caretas de goma de color, con rendijas para los ojos. Un cuarto hombre, igualmente enmascarado, empuñaba una pistola de rayos térmicos, y le miró fijamente, indicando, en voz baja:

—¡Vamos, Richmond! ¡Hemos venido a sacarle de aquí! ¡No hay tiempo que perder, o las cargas adormecedoras que han recibido los guardianes del exterior, dejarán de hacer su efecto! ¡Deprisa, amigo! ¡Somos los que le proporcionamos la libertad y la vida!

Richmond supo entonces que Leslie tenía razón. Aquellos delincuentes eran sus aliados, pero sólo de momento. Más tarde, estaría nuevamente prisionero, en poder de unos criminales cuyo único afán era poseer el «Electrogen», conocer su paradero actual...

Hubiera querido elegir. Pero no existía esa posibilidad. El médico-guardián acababa de recibir en ese momento un culatazo formidable en la nuca, y se derrumbó a sus pies, inerte. El enmascarado que capitaneaba el grupo, le apremió:

—¡Deprisa, vamos ya! ¡Afuera tenemos un turbocar aéreo, para alejarnos lo antes posible! ¡Cuando den la alarma, estaremos ya lejos, Richmond!

Marco los siguió, arrugando el ceño. Contrariado y furioso por la marcha de los acontecimientos. Obtener la libertad de aquel modo no era precisamente demasiado esperanzador, Era salir de un mal paso e ir a parar a otro peor. Al menos, la Ley le juzgaba, apuraba las posibilidades para darle una ocasión de defenderse. Estos hombres no serían tan justos. Si no obtenían lo que buscaban..., matarían. Y le matarían a él...

Cruzaron corredores blancos, desiertos, en los que unos u otros dormían, bajo los efectos de potentes cargas adormecedoras... Los asaltantes de la Institución sabían hacer las cosas. Rápida y silenciosamente..

Llegaron así hasta el patio central, desde el que una especie de puente o vía aérea, suspendida a bastante altura sobre el suelo, cruzaba el pabellón de laboratorios y quirófanos, para llegar a la calle, donde permanecía aparcado el turbocar de los asaltantes de un negro intenso y brillante, y forma oval, aerodinámica. Era un vehículo aeroterrestre, con un minimo de siete plazas.

—¡Vamos, hay que cruzar el puente! —avisó el jefe del grupo —. ¡Disponemos de poquísimo tempo! Este maldito edificio es tan amplio y tan difícil de recorrer...

Echaron a andar, con pase rápido sor la cinta asfaltada, de superficie metalizada, que formaba el audaz puente aéreo a través del pabellón de quirófano y laboratorios, Igual que una cinta de acero que partiese el edificio, atravesándolo de lado a lado. En realidad, formaba una galería de cristal, durante un breve trecho, para volver a proyectarse en el aire, y descender, en suave rampa arcada, al Nivel Tres de las aerovías ciudadanas.

Salvaron la zona encristalada sin novedad. Sus pasos eran rápidos elásticos. Los tres enmascarados armados parecían tan atentos en vigilarlo a él, como en vigilar el resto del edificio, en previsión de ser descubiertos por las fuerzas de la Ley.

Marco, de repente, se paró en seco. Los enmascarados le rodearon amenazadores, dispuestos a forzarlo a continuar, rampa adelante, hasta el turbocar. El jefe apremió, irritado:

—¡Por todos los diablos, no se detenga ahora!

Pero al ver lo que sucedía, él mismo se detuvo. Marco gritó con voz ronca:

—¡No, no! ¡Fuera de aquí! ¡Vete tú por Dios!...

Pero sabía que no iba a lograr nada. Era Leslie la persona que había detenido un turbocar rojo, no lejos del negro de los asaltantes, y corría hacia ellos, armada de una simple pistola proyectora de cargas térmicas, dispuesta a ayudarle, gritando su nombre.

—¡Marco, Marco! ¡No puedes irte con ellos! ¡Te matarían en cuanto les dieras lo que esperan de ti! ¡Vale más morir aquí, defendiéndose de esos criminales! ¡Y yo contigo, si hace falta!...

—¡Apártese o la destrozo! —aulló el jefe del grupo, apuntando a Leslie.

—¡Leslie, sal de ahí! ¡Es inútil todo! —gritó Marco —. ¡Debo ir con ellos!

—Marco, eso significaría tu fin... y quizás el de mucha gente — replicó Leslie Crystal, deteniéndose en medio del puente aéreo, arma en mano, al parecer resuelta a todo —, ¡Si ellos poseen el «Electrogen» serán capaces de todo lo peor!

—Tendré que matarla —silabeó glacialmente el hombre que capitaneaba el grupo de rescate de Marco Richmond. Y alzó su arma, dispuesto a hacerlo.

Marco Richmond, con un rugido, saltó elásticamente sobre el enmascarado. Los otros trataron de evitarlo, sin lograr nada. Ya Marco estaba sobre el bandido y le descargaba un violento mazazo, que le hizo tambalear, retrocediendo hasta el borde mismo del puente. Hubiera caído al vacío, desde aquella considerable altura urbana, de

no ser por las barandillas invisibles, formadas de ondas magnéticas, que repelieron su cuerpo, volviéndole al interior de la cinta aérea.

Allí Marco lo esperaba, soltándole un nuevo directo al hígado, que lo dobló y lanzó, dando tumbos. Leslie, incapaz de disparar, por la proximidad de los combatientes, asistía a la lucha, arma en mano, estudiando a los tres forajidos enmascarados que, de testigos pasivos, iban a pasar rápidamente a la acción, en apoyo de su jefe.

Justamente entonces empezó a aullar la sirena de alarma de la Institución y los blancos proyectores de las dos torres de control empezaron a barrer edificios y azoteas, en busca de los fugitivos...

—¡Vamos, matad a la chica! —chilló el hombre que luchaba contra el enfurecido Marco—, ¡Y golpead a Richmond, derribadlo sin matarlo! ¡Tiempo habrá de eso más tarde! ¡Es preciso salir de aquí, antes de que nos barran a disparos!

Los tres asesinos buscaron con sus armas la figura grácil, decidida, tan bella como valerosa, de la resuelta joven situada frente a ellos en el puente aéreo. Sus fusiles corrosivos la reducirían a la nada en apenas dos segundos. Y Marco lo sabía...

Abandonó al enemigo derribado, para volverse contra los tres. Se cruzó ante ellos de un formidable salto, impidiendo que disparasen. Luego, los embistió, dispuesto a impedir, con su propia vida, que peligrase la de Leslie...

En aquel momento, uno de los proyectores blancos, deslumbrantes, cayó sobre el grupo dramáticamente enderezado en el puente. Un gigantesco altavoz emitió la orden rotunda, tajante:

— ¡Ríndanse todos! ¡Entréguense a la Ley, o serán muertos sin la menor compasión! ¡Disponen ce tres segundos...!

Enfurecido, el jefe del grupo se incorporó, disparando sobre una de las torres de control con su pistola térmica. La descarga fue certera y aquel foco se apagó, con un estallido flamígero.

Pero otro de los proyectores, rápidamente, se lanzó en busca de ellos, barriendo muros y tejados.

Ahora, las descargas de las armas de los guardianes del lugar terminarían con todos ellos inevitablemente. El chorro de luz los encontró, los inundó ce claridad, recortando las figuras enzarzadas en violenta pugna sobre el puente aéreo...

Marco derribó a uno de los enmascarados, de dos fulminantes golpes en la mandíbula. Los otros dos se abalanzaron sobre él, empuñando sus arnnas para descargarle un violento golpe que lo derribara definitivamente...

Y Leslie, horrorizada, vio como el jefe del grupo había alzado su

arma y se disponía a disparar sobre ella. La valerosa joven supo que no tenía tiempo material ni oportunidad de evitarlo, porque cuando ella disparase, sería demasiado tarde...

La chispa deslumbradora se produjo de súbito.

Fue como la materialización de un relámpago, estallando en medio del grupo, sobre el puente aéreo... Su claridad cegó, deslumbradora, a todos los personajes de la dramática escena.

Luego esa chispa pareció dotada de vida. Zigzagueó, como si fuera un cuerpo en carrera, veloz, y alcanzó al hombre que iba a disparar sobre Leslie. Lo fulminó, fundió su ser en décimas de segundo.

Aún no se había extinguido el aullido de terror del enmascarado que sufría aquel ataque mortal, cuando ya la chispa luminosa, que cobraba forma, volumen, dando la impresión de algo parecido a un cuerpo silueteado en luz, lanzóse como un meteoro, dejando tras de sí una estela de chispas azuladas, sobre los atacantes de Marco Richmond.

El joven sintió rozar junto a él aquella estela de luz cegadora. Un chispazo, un relampagueo terrible, se unió a los alaridos de agonía de los enmascarados, que parecieron envueltos en una descarga de millones de voltios, que carbonizó sus cuerpos en menos de un segundo.

Después, como complemento al prodigio luminoso que ni Leslie ni él comprendían, la forma de luz se diluyó, se hizo simplemente chispas, pareciendo que iba a desaparecer...

Y entonces, precisamente entonces, sucedió lo más fantástico de todo. Lo que hizo que aquella tremenda, alucinante realidad que confirmaba el sueño de Marco Richmond como algo más que un sueño, cobrara caracteres fabulosos y extraterrestres...

CAPÍTULO VI

LA SENDA DE LUZ

Las chispas de luz en que se había convertido la forma luminosa se estiraron, formando una especie de rayas luminiscentes, proyectadas hacia el oscuro cielo de la noche, hacia las distantes y claras estrellas...

Rayas que se alargaban, que parecían infinitas, estirándose como algo de imposible final. Y dentro de todas esas rayas, que formaban comò un túnel o cilindro de luz, se hallaban Marco Richmond y Leslie.

Ella, asustada, corrió a abrazarse a Marco, lo aferró contra sí, muy abiertos sus ojos atemorizados, clavando sus dedos en el cuerpo del joven.

—¡Dios mío, Marco! —gritó—, ¡Esto es imposible! ¡No puede estar sucediendo!...

—Sí, Leslie... Sucede realmente. El hombre luminoso de mi sueño... existía. Estamos asistiendo a la prueba evidente de ello...

Desde las torres de contro! de la Institución se había ordenado disparar contra el fugitivo y contra sus captores. Quizá también contra el raro cuerpo luminoso. Lo cierto es que empezaron a brotar chorros de fuego, de descargas térmicas, dirigidas contra Leslie y Marco.

Y todas esas descargas, todo ese fuego mortífero, al chocar con la barrera de líneas de luz proyectadas al espacio, producían un extraño fenómeno; se extinguían, se apagaban, inofensivas, y su claridad parecía aumentar, centuplicar la de las líneas luminosas, que se engrosaban y estiraban, hasta perderse en el espacio...

En medio del cerco de líneas o barras de luz, Marco y Leslie asistían, perplejos, al nuevo fenómeno. De súbito, la luz se hizo total, radiante, cegadora. Todo el interior del círculo de líneas se convirtió en un chorro deslumbrante, asombroso, que subía hacia los cielos, formando un túnel de luz en el que los cuerpos de Marco y de Leslie se fundieron, como si fueran ellos mismos de materia luminosa e ingrávida... Luego volaron, desaparecieron del puente, como proyectados hacia el cénit, como lanzados por una fuerza diabólica y terrible hacia mundos lejanos, diluidas sus humanas dimensiones en una nueva y asombrosa dimensión hecha de luz, de chispas, de claridad sin forma ni cuerpo...

Atónitos, los defensores de la Institución que pertenecían al

Cuerpo de Policía Espacial no acertaron siquiera a seguir disparando. Además, era inútil hacerlo.

De Marco y de Leslie no quedaba ni la menor huella. Se habían ido con la luz, habían desaparecido en el túnel de luz que se lanzaba, rectilíneo, por sendas de cielo estrellado, hacia lugares inaccesibles e insospechados...

Abajo, en el puente, todo lo que quedaba de la pandilla de enmascarados que atacó a Marco Richmond, eran unos cuerpos carbonizados, retorcidos, casi imposibles de identificar como pertenecientes a seres humanos.

De nuevo la criatura luminosa había aparecido. De nuevo el extraño poder de luz, emergió ante Marco Richmond. Y esta vez no era un sueño. Tampoco lo fue la anterior. Pero ahora, la prueba evidente estaba allí.

La luz había llegado, rescatando a Marco y a Leslie, destruyendo a los que querían raptarlos. Y la luz misma había procedido luego al más asombroso e increíble de los raptos jamás llevados a cabo sobre la superficie terrestre...

Alguien..., o algo, se los había llevado por una senda de luz hacia algún lugar remoto e ignorado.

Después, la luz se había diluido. El chorro de claridad lanzado hacia los cielos se difuminó en chispas cada vez menores, se volatilizó, hasta no dejar tras de sí absolutamente nada.

Sólo la noche, negra y tachonada de astros. Solamente su luz, allá lejos. Sin un solo rastro de los dos seres arrancados al mundo. Sin el más leve rastro de su raptor luminoso...

Luz, luz... Siempre luz en torno. Como si formase muros, como si el aire mismo que respiraban fuese luz.

Ellos mismos... eran luminosos. O formaban parte de esa luminiscencia fabulosa e increíble, que les llevaba hacia regiones donde quizá las formas, estructuras y cuerpos no fueran nada.

Marco Richmond sabía que pensaba, que continuaba siendo él, a pesar de no sentir sensación física alguna, a pesar de no advertir su peso, su corporeidad, su forma humana normal. Quizás era lo único que quedaba de sí mismo; el pensamiento, el seguir siendo..., pero sólo anímicamente, sólo con espíritu y mente. De lo demás, ni trazas. Ni ojos, ni boca, ni manos, ni rostros. Sólo luz. Luz, como Leslie. Estaban hechos ahora de pura luz, proyectada hacia sólo Dios sabía dónde...

Pensar. Pensar solamente, resultaba una agradable, ligera, alada sensación. Era como sentirse liberado de lastres, de pesos terrenos. Era, quizá como morir un poco e ir hacia los cielos, hacia el Reino de

Dios.

Acaso esto era morir. Pero algo, en la mente de Marco, le decía que no. Que él seguía vivo, que la muerte no podía ser tan dulce y ligera, tan luminosa y límpida. Sus pensamientos eran claros, nítidos, sus sensaciones puras y límpidas, como si muchos lastres físicos dejaran de significar algo, y su ser anímico, su espíritu y mente, salvaran distancias imposibles, para sumergirse en un mundo sin formas, dimensiones ni volúmenes, donde las cosas eran, por fuerza, distintas y prodigiosas.

Sin verla, sin poderla oír, sin advertir en nada su existencia, él sabía que Leslie avanzaba junto a él, hacia las alturas celestiales, hacia aquel remoto lugar del Universo adonde ellos iban. Sí, Leslie iba como sujeta a su mano, como adherida a él, aunque no tuvieran manos ahora, ni posibilidad de juntar sus cuerpos en el delirante viaje a lo imposible...

El Espacio, el Tiempo, la Materia, la Forma, carecían de sentido allí, en la marcha por aquel sendero de luz sin principio ni fin, sin razón ni explicación lógica.

Y el viaje continuaba, continuaba...

Pero Marco nunca hubiera podido saber cuánto duraba ni a través de qué extensiones de mundos, soles, galaxias y nebulosas infinitas y jamás descubiertas por el hombre, pudo durar. Quizá no se habían movido de las proximidades de la Tierra, o quizás habían rebasado los hipotéticos muros que formarían los límites del Universo. Eso daba igual. Eso carecía de razón y de sentido. Eso era como hablar o pensar en las cosas abstractas.

Para la luz, capaz de recorrer distancias ingentes, para la luz, el cuerpo más veloz y sutil de todos, ¿qué importaban los tiempos y los espacios posibles? Si ellos eran luz ahora, y la materia quedó atrás, el Universo era un lugar que podía recorrerse por años luz, con sus billones o trillones de millas de distancias fabulosas, incapaces de ser concebidas exactamente por la mente humana aferrada a los prejuicios, conceptos y expresiones del mundo de los hombres, ¿qué podía significar para entes luminosos, para criaturas de luz de un nuevo mundo de formas y materias modeladas por el cincel invisible de una Creación sin límites ni Dimensiones?

Sí, nada podía ser igual. Nada importaba allí, en aquella dimensión sin medidas, en aquella senda de luz, donde el cuerpo se fundía en resplandores e iridiscencias imposibles. Donde, del hombre físico, solamente quedaba la mente, capaz de seguir pensando, envuelta en la luz. Y quizá su alma, como patrimonio que sólo Dios podía llevarse, el día señalado para ello...

* * *

La luz penetró en un poliedro cristalino, de caras pentagonales, irisadas, que iban desde el tono dorado al nacarino, pasando por rosados, púrpuras y azules de increíble belleza y luminosidad.

Dentro del poliedro gigantesco, la luz pareció un gas fluorescente, condensándose, y formando densas nubes de chispas, de reflejos, de armoniosos y policromos centelleos hirvientes.

Pero todo ese fantástico, irisado fenómeno apenas duró unos segundos.

Luego, de repente, las paredes poligonales emitieron chispas de luz, franjas anaranjadas de luz energética, la luz condensada, acumulada dentro del poliedro, se materializó en algo más sólido y denso, más concreto y formal; dos figuras humanas.

Dos siluetas que, durante un segundo apenas, siluetearon su figura en luz purísima. Después, la luz se extinguió. Y fue como el cuerpo sometido a una proyección de «luz negra», previamente bañado en materia fosforescente. De repente, sus formas, su solidez opaca, totalmente humana, se hizo tangible. La luz se extinguió por completo en el interior del recinto poliédrico.

Marco Richmond y Leslie Crystal volvieron a ser, concreta y simplemente, Marco Richmond y Leslie Crystal. En persona, en carne y hueso literalmente. Ya que jamás mejor aplicada que entonces esa expresión tópica.

Se miraron entre sí, estupefactos. Sus cuerpos poseían sus mismas ropas, su aire habitual, tal y como fueran aprehendidos por las ráfagas de luz, allá en el puente aéreo de la Institución Internacional de Psiquiatría.

Nada había cambiado en ellos. Nada era distinto, salvo aquel singular y luminoso ambiente que los rodeaba.

Porque, más allá de las paredes del poliedro cristalino, todo era luz. Luz intensa, parpadeante, deslumbradora. Sólo ellos y la forma poliédrica en que se hallaban poseían una estructura concreta, puramente tridimensional.

— ¡Leslie! ¿Te encuentras bien? —preguntó roncamente

Marco, nada más sentirse de nuevo dueño de su voz, de su forma física, de su auténtica estructura molecular.

—Sí… Sí, Marco… —Ella, muy pálida, le contempló con asombro, bañada por aquella luz multicolor que la hacía más hermosa aún —, Pero… ¿dónde estamos, Marco? ¿Qué significa todo esto? No comprendo nada. Estoy aturdida.

—Significa que hice algo más que soñar, cuando te hablé del hombre luminoso, Leslie. Existía realmente. Me visitó en mi celda de la Institución, y yo lo creí una pesadilla. La misma criatura de luz que me visitó, volvió luego, rescatándonos de manos de aquellos asesinos y de la propia policía. Hemos sido absorbidos, trasladados por esa misma luz fantástica, tal vez a su propia Dimensión y única especie vital. Ahora estamos viviendo en su mundo, Leslie, por extraño que esto pueda parecer.

—¿La luz puede VIVIR, Marco? —indagó Leslie, incrédula, con un escalofrío.

—La luz es vida por sí sola. Pero naturalmente en un terreno puramente teórico. Leslie. Yo… yo no podía imaginar que la luz, como tal, tuviera una vida propia, inteligente y razonable. Al parecer, hemos vivido en un error desde el principio mismo de los siglos. La luz existe como forma de vida. Y la luz nos ha traído a su reino, proyectándonos a través del espacio, convertidos también en luz. Eso significa que nuestros cuerpos han podido recorrer trescientos mil kilómetros por segundo, durante este viaje. El ser humano ha pensado en todas las formas posibles de intentar igualar la velocidad de la luz, Leslie… sin darse cuenta de que la única forma de ello está, precisamente, en CONVERTIRSE EN LUZ ¿Comprendes? ¡Convertirse en luz!

—Dios mío, Marco, pero eso es de todo punto imposible. Nadie puede disolver su estructura y hacer luz de su cuerpo…

—Nadie, entre nuestros semejantes. Pero las criaturas luminosas de este mundo, pueden hacerlo. Ellas se trasladan a nuestro propio plano de vida, y son capaces de trasladarnos a nosotros mismos, hechos luz.

—Marco, creo que me volveré loca con ideas así —susurró

Leslie, desesperada, oprimiéndose las sienes con ambas manos—. Es… es algo delirante, inconcebible…

—No pierdas tan pronto la serenidad querida —pidió Marco—. No sé por qué, creo que nuestra aventura, por inaudita que sea, no ha hecho más ate comenzar. Y que mayores prodigios, cosas más insospechadas y fabulosas, nos esperan aún, en este lugar donde estamos, sea cual sea…

Fue como una profecía. Y, para empezar a cumplirse, algo sucedió en el poliedro donde se hallaban ambos. Una de las paredes poligonales, empezó a abrirse, igual que una puerta. Leslie, sobresaltada, corrió a parapetarse en los brazos de Marco, que la acogió, confuso y crispado como ella misma. Pero con una serenidad que alentó a la muchacha, repentinamente confiada en la protección varonil, aun enfrente de misterios tan impenetrables y fantásticos

como podían surgir en aquel mundo de luz.

El polígono que formaba muro, y ahora puerta, ante ellos, quedó totalmente abierto, dejando paso franco a los dos. Era como una silenciosa invitación a que avanzaran, a que saliesen del poliedro, para sumergirse en el mundo de luz cegadora, que, como un vapor luminoso rodeaba toda la forma poliédrica de cristalinos lados.

—¿Qué… qué podemos hacer, Marco? —susurró Leslie, trémula.

—Avanzar, Leslie. Salir de aquí.

—¡Marco! ¡Oh, no! ¡No podemos adentrarnos en ese infierno de luz! ¡Será nuestro fin!

—No, Leslie. No creo que los seres luminosos se hayan molestado en trasladarnos a su mundo, para aniquilarnos tontamente ahí. Pudieron hacerlo antes, de haber querido. Yo estoy seguro de que, si salimos y penetramos en esa luz, es posible que lleguemos a alguna parte. Quizás a la razón misma de este increíble viaje, a la meta de nuestra proyección a las reglones luminosas de estos seres…

—Marco, yo… yo tengo miedo. Algo me dice que estos seres de luz no son buenos. Su apariencia puede ser luminosa, pero el interior es de tinieblas. Y sus intenciones también…

—Sí, Leslie. Es extraño que tú pienses así, pero justamente yo pienso lo mismo… No creo que sean amigos ni busquen nada bueno. Hay… hay algo siniestro. Tanto en la presencia del hombre luminoso, en mi celda, como en este secuestro y traslado a sus regiones de luz. Como tú dices, la luz ciega los ojos, aquí. Pero no el entendimiento. Detrás de esa luz, hay algo oscuro y terrible para el género humano. Si yo pudiera saber lo que es…

Siguió adelante, llevando consigo a Leslie, casi a viva fuerza. Ella miraba, con sus grandes ojos azules muy dilatados, al mar de luz situado más allá del limitado encierro cristalino del poliedro. A pesar de todo, fue avanzando con él.

Quizás iban hacia su destino final. Hacia la revelación decisiva que justificara aquella aventura sin precedentes, aquel fabuloso salto al más fantasmagórico y ultraterreno de todos los Cosmos conocidos, e incluso por conocer.

Sus pies alcanzaron el umbral del recinto de cristal. Marco no vaciló. Siguió adelante. Pisó el exterior. O quiso pisarlo. Y con él, Leslie…

Ella lanzó un grito agudo, terrible. Marco, una imprecación seca, violenta, sobresaltada. Acaso la última de su vida, pensó al sentirse sumergido, precipitado en un abismo de luz, donde no había suelo, nada sólido o material donde afincar el cuerpo.

Sus figuras, como dos siluetas difusas, se perdieron en la sima sin fin, saturada de color y de luminosidad. La luz les engulló, como una senda de muerte radiante y esplendorosa.

Sus cuerpos se fundieron en la vivísima luz de irisados tonos, que como un mar luminoso se extendía ilimitadamente.

CAPÍTULO VII

«LUX»

Pero no era la muerte.

En vez de eso, la luz estalló de súbito a sus pies, en un abanico multicolor y asombroso, y formó una serie continuada de anillos concéntricos, de asombroso fulgor, en cuyo centro, como un túnel fantástico, hecho de luz y de vacío, penetraron los dos, proyectados hacia algún punto, al final del sendero de anillos luminosos.

Otro estallido de chispas policromas, en torno suyo, marcó ese punto final, esa meta de la zambullida hacia la sima de luz...

De repente, en torno suyo, todo onduló, se silueteó con formas concretas, de vidrio luminoso, oscilante, como el temblor de una llama. Sus pies estaban ya sobre un suelo firme, concreto. Marco lo contempló, estupefacto. Bajo sus zapatos brillaba todo, como luz tersa, materializada formando un pavimento. También los muros eran luz materializada, así como los extraños ingenios azulados que emergían entre esa luz, como fantasmas de alguna solidez, en un ambiente increíblemente fluido y sin formas sólidas.

Captó la presencia de algo parecido a la boca de un cañón o un proyector, asomado a una sima de luz cárdena, borrosa, más allá del muro cristalino, de forma ondulante.

También un singular soporte o plataforma circular, de azul fluorescente, sobre la que apareció una figura centelleante, de chispas eléctricas y perfiles luminosos.

—Nos hemos materializado para vosotros —dijo una voz metálica, vibrátil, que hizo temblar singularmente la figura luminosa erguida en la plataforma circular—, ¿Me conoces, Marco?

—¡«Lux»! ¡Tú eres «Lux»! —masculló Marco—. Mi visitante de la celda...

—Justamente, Richmond. Yo soy «Lux». Me has conocido, a pesar de que llegaste a suponer que era un simple sueño, producto de una pesadilla. Ahora ya has comprobado que existo. Y que existe mi Dimensión de luz y de color, sin formas ni medidas.

—Lo he comprobado. Pero aún no atino a concebirlo. ¿Dónde estamos ahora?

—Es difícil de concebir aquello que la mente humana no ha Imaginado previamente. Además, constituimos una forma de vida muy distinta. Nuestro poder superior consiste en saber adaptarnos a vuestro mundo. Pero difícilmente podríais vosotros adaptaros al nuestro, sin la ayuda de nuestros condensadores o transmutadores de moléculas-materia en moléculas-luz. Así fuisteis traídos aquí, a través del Espacio y del Tiempo.

—¿Aquí? ¿Dónde estamos? ¿Qué lugar es éste?

—Una estrella en el firmamento. Apenas una mancha de luz para vosotros, los terrestres. Un mundo lejano, hecho de luz y de materia luminosa. Todas las formas de vida son posibles en el Universo, no como pensáis vosotros en vuestra ridícula soberbia. La Creación abarca toda clase de materias. Y, entre esas materias, muchas viven y piensan, más aún que vuestra decadente, débil raza humana...

—«Luz viva»... —suspiró Marco—, Suena a imposible...

—Pero no lo es. Lo estás viviendo, Marco Richmond. Eres un privilegiado. El primer ser humano que alcanzó este privilegio inaudito. El primer hombre que llegó a las estrellas, convertido en materia luminosa, y que aquí, por la magia de nuestra técnica, logró convertirse de nuevo en ser humano...

—Y tú, «Lux», me pediste, en tu visita terrestre, mi ingenio electrónico, mi pobre «Electrogen». ¿Para qué puede una raza tan avanzada, necesitar un mecanismo como el que yo he creado? Vuestro poder no parece precisar de objetos nuestros, de la decadente raza humana, como tú la has mencionado.

—Retienes muy bien las palabras, Richmond. —Una risa, o algo muy parecido, brotó de la criatura luminosa erguida sobre la plataforma circular—. Me gusta que tengas memoria. Así podrás recordar siempre todo esto. Y darte cuenta del privilegio que el Destino te concedió, de conocer otra auténtica Dimensión, aquélla que nadie imagina entre tu gente, aquélla que está al margen de toda investigación científica y de toda teoría filosófica o mecánica... Nosotros, los seres «lux», estamos por encima de todo eso.

—Me gusta ría'sa ber cómo hablas —intervino rápidamente Leslie —, No tienes voz, no tienes boca, garganta ni cuerpo. ¿De qué modo puedes modular los sonidos vocales, «Lux»?

—Tú también eres inteligente, mujer. Cierto que no tengo voz. Pero vosotros me oís y comprendéis. Yo soy capaz de emitir, como todos mis semejantes del astro luminoso en que vivimos, de este mundo todo luz y materia de gas luminiscente en que estáis, ondas

magnéticas, vibraciones de luz que, por una frecuencia telepática adaptada a vuestra mente, vosotros recibís como sonidos, «sin serlo realmente». Y esos sonidos que vuestra mente escucha, se transforman así en palabras, en frases articuladas conforme a lo que mi mente desea expresar. ¿Lo entendiste ahora?

—Sí... Creo que sí —Leslie respiró con fuerza, inclinando la cabeza —. Son seres superiores, Marco. Pueden invadirnos y aniquilar la Tierra, si lo desean.

—Ya lo he pensado, Leslie... —musitó Marco Richmond, estremeciéndose—, Pero ¿para qué habrían de hacerlo? ¿De qué podría servirles nuestro mundo opaco y sólido?

—Tienes razón, Richmond —habló la voz metálica de «Lux», sorprendiéndoles con su agudeza para captar cuando hablasen ellos, aunque fuera en voz baja—. Sería estúpido que yo pretendiera invadiros. No nos serviría de nada la Tierra, a fin de cuentas.

—Entonces, ¿por qué nos habéis traído? —exigió Marco, levantando la cabeza —. Tú hablaste del «Electrogen»...

—Y sigo hablando de él. Lo quiero. Lo necesitamos. Te prometí libertad. La tendrás. Y absoluta. Cuando vuelvas, ellos habrán comprobado ya que es otra clase de energía la que mató a los hombres que te secuestraban. Y esa será la prueba de tu inocencia. La prueba definitiva.

—En cuyo caso, «Lux», tu exigencia carece de fuerza —sonrió Marco, algo desafiante—. Puedo volver impunemente, sin necesidad de darte el «Electrogen».

Algo parecido a una risa larga, vibrátil, sacudió con oscilaciones de llama viviente, la forma de «Lux», nunca más parecida que ahora, a un «cartoon» o dibujo animado propio para niños. Pero al que no se le podía tomar cómicamente porque existía en él algo siniestro y poderoso que Marco ignoraba qué podía ser, pero que Indudablemente «era».

—Te equivocas, Marco Richmond —dijo «Lux», con sus vibraciones luminosas, convertidas en sonidos comprensibles «dentro» de las mentes de Leslie y de Marco—. Te equivocas lamentablemente si piensas eso. Ciertamente, puedes volver impunemente. Seguro que no te acusarán ya de nada, a tu regreso. Pero para ello, claro está... NECESITAS REGRESAR.

Marco estiró el cuello, marcándose rígidamente sus tendones. Encajó las mandíbulas en duro gesto, cuando preguntó, altivo:

—¿Eso... implica una amenaza?

—No. Los poderosos no necesitamos amenazar. Sólo avisamos de lo que podemos hacer cuando nuestros amigos se niegan a colaborar,

o ser como nosotros esperamos que sean.

—Yo no acepté convenio alguno. No hice ninguna promesa. No somos amigos, «Lux». Al menos, no lo seremos hasta que yo no sepa qué es lo que buscáis concretamente en la Tierra, los seres luminosos, y para qué queréis el «Electrogen».

—Te lo expliqué entonces, en la Tierra. Necesitamos el «Electrogen». Eso es todo.

—No. Eso no es TODO. Dijiste entonces algo más. Que el «Electrogen» era VUESTRA PUERTA. Una puerta para ENTRAR en la Tierra. Para entrar vosotros, las criaturas luminosas de esta estrella...

—Sigues demostrando tu buena memoria. ¿Y qué, Marco Richmond?

—No me gusta eso. Quiero saber POR QUE queréis entrar en nuestro mundo. ¿De qué puede serviros deambular por allí, si pertenecéis a otra Dimensión, si sois de una especie de vida diametralmente opuesta a la que nosotros constituimos?

—Eso no es cuenta tuya, Richmond. No pretendas saber demasiado —avisó fríamente «Lux».

—¡Sí es cuenta MIA! —aulló Marco, enérgico—. ¡Yo soy el responsable de mi invento! ¡Yo soy el único que sabe DONDE está! Y no lo revelaré, mientras no se me garantice que la Tierra no corre peligro, y se me razone cuidadosa y detalladamente, lo que buscáis con su posesión, por la que tantos esfuerzos estáis haciendo.

—Muy bien. Eso no me gusta, Richmond. Por última vez te aviso. Dame el «Electrogen». Dame tu ingenio electrónico y no preguntes más. Además de la libertad y tu demostración de inocencia ante tu Ley, te concederé algo más; riquezas, lo que quieras. Pero no sigas preguntando. Acepta ser mi amigo. Es lo único que te pido.

—Es una amistad falsa, «Lux». Buscas mi invento. ¿Por qué?

—¿De veras quieres saberlo? —dijo «Lux», con una rara tensión en los sonidos de su «voz» luminosa.

—¡Sí!

—Tú has tenido la culpa, Richmond. La culpa de todo. Te lo voy a decir. Ese mecanismo electrónico tuyo, es nuestra puerta de entrada a la Tierra, tal y como te dije. Queremos entrar para INVADIR TU MUNDO. Ella tuvo razón...

—¡Lo sabía, lo sabía! —gimió Leslie, muy pálida. Aferró el brazo de Marco —. ¡Hay algo en nuestro mundo, alguna materia que ellos, los luminosos, necesitan para sobrevivir o para ser más poderosos! ¡No les des el «Electrogen»! ¡Por nada del mundo, Marco!

—No, no se lo daré, Leslie. No se lo hubiera dado en modo alguno

—denegó Marco—, Jamás entregaré el «Electrogen» a nadie. Y menos aún a estos fantoches de luz…

Hubo un silencio. La figura luminosa, el remedo de silueta humana en luz azulada, que era «Lux», el misterioso ser de las estrellas, centelleó, vibrando a impulsos de alguna sensación interior de ira o de despecho.

—Tendrás que dármelo, Marco Richmond. Por alguna razón os trajimos a ambos a esta estrella. ¿Es que tu inteligencia aún no ha comprendido eso?

—¿Qué… qué quieres decir? —indagó Marco, achicando sus ojos.

—Míralo tú mismo.

La luz con forma humana que era aquel ser refulgente, avanzó el objeto azulado, con forma de proyector, apenas silueteado en luz añil. Algo sucedió. Hubo un chispazo vivo, cegador, deslumbrante…

Leslie lanzó un terrible grito de angustia, junto a Marco. Este se volvió, alarmado… y fue él quien lanzó un grito ronco, estremecido, lleno de espanto.

¡Leslie no estaba allí! Había desaparecido… ¡Y EN SU LUGAR FLUCTUABA UNA SILUETA DE LUZ CON LOS PERFILES QUE LESLIE TENIA EN SU HUMANA APARIENCIA!

—Ahora tu novia es un ser de luz como nosotros —avisó «Lux» —. Y no volverá a ser como era… ¡HASTA QUE TU NO ENTREGUES EL «ELECTROGEN»!

CAPÍTULO VIII

EL REHEN LUMINOSO

Por un momento, el horror inmovilizó a Marco, le mantuvo petrificado, convulso ante la espantosa realidad de lo sucedido. La maléfica magia del ser de luz había realizado un siniestro, espeluznante prodigio.

Ahora, Leslie era una simple silueta de luz, una sombra radiante, que nada tenía de humano, que en nada se diferenciaba del propio «Lux», salvo en sus contornos, bien delimitados que hacían comprender que «aquello» fue una mujer...

—¡Cobarde! ¡Maldita rata asquerosa! —Marco se revolvió, lívido, clavando sus ojos en «Lux» —. ¡Devuélvele su forma natural! ¡Pronto, canalla, o soy capaz de una locura!

—Domínate, Marco Richmond. No lograrás nada. No puedes atacarme. Mi poder, frente al tuyo, es inmenso. Es preferible que busques con sensatez el modo de recuperar a la muchacha. En tus manos está el remedio.

—¡Nunca! ¡No será eso que pretendes, asesino! —Marco, resueltamente, saltó contra el círculo sobre el que se hallaba erguida la criatura luminosa de aquella remota estrella.

Fue un brinco felino, propio de un tigre furioso. Su cuèrpo cruzó el aire resplandeciente de aquel cosmos de claridad y color, para caer sobre la mancha de luz con apariencia humana, mientras a sus espaldas, como una pobre sombra de lo que fuera, Leslie Crystal se agitaba, en su nueva estructura plana, de silueta de luz.

Pero la audacia suicida de Marco no podía triunfar. Como el propio «Lux» dijera, su poder era muy grande al de un simple ser humano trasladado a su planeta...

Marco sintióse de repente sacudido por una descarga de fluido eléctrico. Su cuerpo, conmovido por una sucesión de latigazos cosquilleantes y dolorosos, se quedó inmóvil, como petrificado en el vacío, quizás por el efecto paralizante de alguna onda eléctrica de la extraña criatura estelar.

Sin gravedad, sin caer por su peso, flotó como un cuerpo muerto y extraño, en el aire esplendente del lugar. Leslie, aun dentro de su

transfiguración luminosa, se retorció, con un metálico chillido de angustia:

—¡Oh, Marco, no! ¡No hagas nada, no cometas locuras, amor mío!

Luego, Marco rodó por el suelo fluorescente de gas lumínico. Se quedó inmóvil, sobre sus espaldas, con la figura de «Lux» erguida frente a él. Una mano de luz le señaló, acusadora y autoritaria:

—Ahora, ya has comprobado mi poder. Y tu debilidad, Richmond. Estás en mis manos y nada puedes hacer por salvar a tu amada… salvo revelarme dónde está el «Electrogen», o llevarme hasta él tú mismo. Una vez esté en mis manos ese ingenio, los dos seréis libres. Los dos volveréis a la Tierra.

—A una Tierra en peligro. A una Tierra que será invadida por vosotros, malditas criaturas luminosas —aulló Marco roncamente—. ¿Merece acaso la pena hacer lo que pides?

—Allá tú, Richmond. Tienes poco tiempo para resolver. Nos urge tener en nuestro poder ese sistema electrónico de acumulación y proyección de energía. A fin de cuentas, es nuestra puerta. Lo necesitamos…

—Entiendo. En realidad, estáis formados de Energía viviente. Sois luz energética, dotada de vitalidad propia, y, lo que es peor, de INTELIGENCIA —silabeó Marco—. Por eso precisáis de un proyecto de energía electrónica. Lo que no me explico es cómo podéis utilizar la fuerza de mi invento para salvar esa distancia de vuestra estrella a la Tierra, y podéis materializaros en nuestro mundo, convertidos en luz…

—No es cosa tuya preocuparte por ello, Richmond. Ya sabes nuestro ultimátum. La mujer responde de tu decisión. Si accedes a llevarme hasta el escondite, volveremos a la Tierra. Pero solamente LOS DOS. Tú y yo no ella.

—¡Dios mío! ¿Y Leslie? ¿Qué haríais con ella?

—¡No Marco, no preguntes eso! —chilló Leslie—, ¡No puedes siquiera discutir la posibilidad de entregar ese ingenio tuyo!

—Si la escuchas, será vuestra perdición. Moriréis en esta estrella, lejos de vuestro mundo, convertidos en seres luminosos. Si aceptas pactar conmigo, Richmond, ella se quedará aquí, tal como ahora está. Y a nuestro regreso, con el «Electrogen», volverá a ser lo que era, y se reintegrará contigo a vuestro mundo.

—¡A un mundo que ya no será el nuestro, Marco! —gritó Leslie, angustiada—. ¡A un mundo invadido, extraño, un mundo que ellos destruirán! ¡Yo sé que lo invadirán para aniquilarlo, para destruir la vida humana!

—Es cosa nuestra lo que hagamos —replicó «Lux» fríamente—. Os debe bastar con que volváis sanos y salvos. Además, la invasión será lenta. Puede llevar años, quizá un siglo de vuestro tiempo. Y para entonces, ¿qué más os da a vosotros la suerte de un mundo al que ya no pertenaceréis, del que os habréis marchado, extinguida vuestra existencia por Ley natural?

—No somos egoístas, «Lux». No pensamos sólo en nosotros y en nuestro tiempo, sino en la Humanidad, en su supervivencia sobre la Tierra —dijo Marco roncamente, muy pálido.

—La Humanidad no vendrá a salvaros a vosotros, rescatándoos de esta estrella. Ni nadie se preocupará de vuestras vidas. De modo que elije.

—¿Y quién me garantiza que una vez aquí, con el «Electrogen», tú, «Lux», cumplirás tu promesa?

—Nadie. Debes creer en mí, eso es todo.

—Es un riesgo muy grande.

—Te prometo cumplir lealmente. Pero no puedo garantizártelo. Sólo lo comprobarás cuando llegue el momento. No puedes pedir más. Has de correr el riesgo… o uno mucho peor. No tengo interés en engañaros ni destruiros. Pero lo haré, si rechazas esta última oportunidad. Elije, Richmond. Y recuerda que el destino de esa mujer, va en ello.

—¡No le escuches, Marco! —insistió Leslie, desesperadamente—, ¡No debes atender a ese maldito monstruo! ¡Aunque el fin de la Tierra en sus manos tenga lugar dentro de siglos, debemos evitarlo! ¡Es nuestro deber de seres humanos, nuestra conciencia nos prohíbe abrir la puerta a estos seres demoníacos, Marco!

Pero todas las obstinadas advertencias de Leslie Crystal eran inútiles. Todo lo que dijera, era insuficiente para arrancar de la mente de Marco su idea fija, resuelta.

Lo comprobó, desalentada, abatida, cuando Marco se volvió lentamente a «Lux». Y muy pálido, sereno, dueño de sí, como hundido bajo el peso de una terrible responsabilidad, murmuraba:

—Está bien… Dame un corto tiempo para pensar. Pero, en principio, acepto.

—¡Marco, nooo!

—Acepto, «Lux». Pero te daré mi respuesta definitiva dentro de un período breve de tiempo…

—Está bien. Tienes lo que en vuestro concepto del Tiempo, corresponde a cinco horas —sentenció «Lux»—. La entrevista ha terminado. Seréis llevados a una cámara especialmente acondicionada

para vosotros. Estaréis separados, pero podréis comunicar cuanto queráis entre vosotros. Y, desde allí, os daréis cuenta de lo que es nuestro mundo. Os estará permitido asistir a nuestra vida... Luego, cinco horas después, según la tabla cronológica de la Tierra, volveremos a hablar. Y será para ir tú y yo a la Tierra... o para sentenciar vuestra muerte en esta estrella.

El suelo de luz se abrió. Engulló, en medio de una catarata sin fin de luz, de burbujas luminiscentes y círculos concéntricos de color luminoso, los dos cuerpos de los terrestres. Marco intentó aferrar a Leslie, como al principio, en su fantástico viaje espacial a través de la estela de luz viajera. Pero ahora era inútil intentarlo, porque Leslie ya no era ella, sino un manchón de luz inmaterial, una silueta llameante, azulada, de contornos humanos. Pero sin otra semejanza entre su actual estado y el anterior.

El abismo de luz volvió a absorberles, a trasladarles, por vías radiantes, refulgentes, a través del mundo estelar, alucinante y asombroso, en que se hallaban ahora, cautivos de un poder maléfico y agresor. Un poder hecho de luz viva e inteligente. Luz que quería invadir la Tierra, dominarla algún día, en un futuro cercano.

Y Marco Richmond, un hombre de la Tierra, tenía que ser el traidor que abriera las puertas inmateriales al invasor sin forma ni dimensiones.

No hubiera querido hacerlo. Sentía horror de sí mismo por lo que estaba resuelto a llevar a cabo, de acuerdo con aquellas criaturas siniestras, hechas de luz viva, dotadas de inteligencia.

Pero la vida de Leslie estaba en juego. Por ella lo haría. Aunque fuese lo más despreciable e indigno del mundo, iba a hacerlo. Nada podía importarle, estando Leslie en la balanza...

* * *

Era una burbuja de vidriosos muros curvos. Daba la impresión de estar flotando en el vacío, dentro de una pompa de jabón.

Aquella burbuja, partida en dos compartimentos iguales, los retenía a ellos en su interior. En un compartimento se hallaba Leslie. El, en el otro. Un muro o pared de vidrio blando pero irrompible, les separaba.

Marco intentó varias veces abrirlo. Sepultó su puño en él, y el muro o separación cedió, como goma o plástico, a la presión de su mano. Ahí terminó todo. Nada más retirar la mano, la separación volvió a su forma primitiva, a su tersa superficie sin fisuras.

—Es inútil —susurró la voz metálica de la actual Leslie,

convertida en forma luminosa, dentro de la hemisfera opuesta. La voz llegaba fácil y clara, a través de aquel muro irrompible, hasta el oído de Marco —, Todo es inútil, Marco. Y aunque pudiéramos estar juntos, ¿qué resolveríamos? No por ello vamos a salir de esta burbuja. Ni de este lugar horrible.

—Horrible y bellísimo a la vez —murmuró Marco, desalentado—, Resulta desolador pensar que aquello que tiene hermosura, que debería ser perfecto, como obra magnífica del Creador, oculte bajo su aparente belleza una maldad y una perfidia semejantes. Mira eso, Leslie. Desde aquí, la estrella en que nos hallamos, es un auténtico prodigio de belleza. Y a la vez, un mundo perverso y sin alma, dispuesto a todo por conquistar otros mundos, aún no sé por qué…

Leslie no respondió. La silueta luminosa se volvió, y lo que había sido antes su cabeza miró hacia abajo, como si los inexistentes ojos de la forma de luz que era actualmente Leslie, pudieran captar el prodigioso panorama que ellos, como privilegiados testigos, estaban en situación de presenciar, atónitos y embelesados, aun dentro del dogal de horror que los oprimía.

Bajo la burbuja flotante que, como una chispa más de luz, en un mundo radiante, bañado en luminiscencias y esplendores irisados, se cernía sobre la superficie de aquel mundo remoto, de aquel astro con luz propia, extendíase lo que podía considerarse la capital del planeta radiante, la ciudad básica de la lejana estrella.

Las estrellas, emitiendo luz en la negrura infinita de los cielos, podían ser de gas luminoso o, simplemente, gigantes de fuego ardiendo en los espacios. Marco sabía eso, como cualquier persona que conociera superficialmente la astronomía. Pero VER una estella allí mismo, saberse encima de ella, era distinto a todo lo imaginado y a todo lo sugerido por los libros científicos.

Aquella estrella, concretamente, era, si, una esfera de vapores chispeantes, cuajados de luz. Como un inmenso, fabuloso horno eléctrico, de forma esférica, flotando en las alturas, en galaxias ignotas del firmamento. O quizás en la propia Vía Láctea, eso Marco no podía juzgarlo, porque para los entes de luz, el Tiempo era un concepto sin valor, y cabía en lo posible llegar en breves segundos a lugares que, teóricamente, distaban millones de años-luz de la Tierra.

Sobre su superficie gaseosa, brumosa, erizada de vapores, neblinas luminiscentes, como si todo estuviera bañado en un asombroso fluido fosforescente, se alzaban poliedros de luz, de formas inauditas, de belleza y armonía increíble, pero sin reales dimensiones, líneas auténticas ni contornos ciertos, definidos. Todo estaba hecho de luz, de materias transparentes o translúcidas, cuajadas de resplandor policromo, con abundancia de fulgores azulados, fríos y

deslumbrantes.

Ningún escenógrafo, ni el más imaginativo sobre la Tierra, hubiera sido capaz de diseñar un decorado semejante para un «science-fiction». Y, sin embargo, esto existía, era realmente así...

Arcos voltaicos, nubes de radio luminoso, ondas de energía, cuerpos lumínicos, formaban un haz de resplandores y cortinas ondulantes, de falsas auroras boreales y asombrosos crepúsculos jamás terminados, en un cosmos donde la luz era vida, ambiente y estructura absoluta de todo.

Y en medio de todo aquello... *ellos*.

«Ellos», sí. Los «eléctricos», los «seres-energía», los «Lux», o las «criaturas luminosas», como se les quisiera llamar...

Una especie asombrosa, delirante, apocalíptica, de fuegos fatuos, azulados y gélidos, moviéndose en un suelo que alguien parecía haber cuajado de diamantes y de piedras preciosas, sin igual en el Universo.

Los aparentes «fuegos fatuos», las llamas azules, de formas estiradas o redondas, de movimientos rápidos y sinuosos, como chispas deslizándose por un cable incendiado o una mecha en llamas, eran «ellos». Allí estaban los seres de la Energía, los cuerpos eléctricos, cuajados de luz, que vivían y pensaban que amenazaban a la Tierra, con su ominoso plan de invasión y aniquilamiento.

—Dios mío... —susurró Marco, estremecido apoyando sus manos crispadas sobre la superficie curva de la esfera de vidrio flotante, en la que se hallaban prisioneros ella y él —. ¡Y pensar que «eso» va a llegar a dominar la Tierra, va a extinguir la vida humana, utilizando su carga de energía como arma mortífera de destrucción...!

—Marco, tú no puedes hacerte cómplice suyo —avisó Leslie —. ¡No lo hagas, por favor! No importa lo que a mí me ocurra. Me sacrifico gustosa, terminaré mis días en esta estrella de fría luz azul. Pero no hagas nada contra nuestro mundo, contra nuestra vieja y entrañable especie. Los humanos, con todos nuestros defectos, somos aún los mejores. Poseemos sensibilidad, espíritu, fe y afectos... Hay entre nosotros seres perversos, como en toda raza existente. Pero no estamos dispuestos a destruir a nadie. Estamos conquistando mundos, planetas, situando satélites en órbita y llegando a los lejanos lugares del espacio con afán pacifista, con ilusión de conquista científica y técnica, pero no invasora ni cruel. Ellos, en cambio, ya lo ves. Quieren dominar a nuestro mundo, acabar con la especie de los hombres. ¡No puedes ser su cómplice, Marco!

—¿Y puedo asistir cruzado de brazos a tu sacrificio, al desastre de tu ser, Leslie?

—Será igualmente un desastre, todo lo que hagas en su favor. No

quiero vivir, no deseo volver a la Tierra, si es a costa de ese alto, terrible precio. Sacrifiquémonos los dos, Marco. Vayamos a la muerte, si es preciso. Pero orgullosos, altivos, satisfechos de nosotros mismos. En paz con nuestros hermanos de hoy, del mañana inclusive, y en paz también con Dios. Ese es tu camino, Marco. Cualquier otra cosa será el fin para todos. Para nuestro planeta... y también para nosotros.

Marco permaneció ceñudo, silencioso. Leslie remachó, aprovechando su silencio pensativo, su abatimiento y sus dudas:

—¿Te das cuenta de tu responsabilidad ante la justicia humana y la divina? ¿No comprendes que si tu «Electrogen», por la razón que sea, crea una carga de energía en la que «ellos» pueden infiltrarse, utilizándola como «vehículo» o «puente» hasta la Tierra y nuestras Dimensiones, es un crimen abominable y malvado dejar semejante medio al alcance de esos seres demoníacos? ¡Vamos, Marco, tienes que pensar, tienes que comprender que cuando ellos ambicionan tanto un ingenio es porque lo necesitan *inexcusablemente* para invadir la Tierra! Y, quizá, sin él, no puedan hacerlo jamás...

—Sin embargo, Leslie, «Lux», pretende llegar a la Tierra conmigo, aun sin el «Electrogen», para que volvamos ahora a recogerlo del lugar donde yo lo oculté. Es raro, ¿no te parece? Pueden viajar hasta allá sin mi invento..., y, sin embargo, lo pide constantemente. Como tú dices, es como si lo necesitaran de forma inexcusable. Y eso es lo que me sorprende...

Permaneció silencioso. Luego Leslie insistió, con voz quebrada, apoyando su pobre apariencia de fantasma de luz contra el muro de separación:

—Además, Marco..., no tenemos ninguna garantía de esa gente. Es posible que nos dejen aquí para siempre, después de tener el «Electrogen», O nos eliminen igual... Si al menos nos llevaran a los dos a la Tierra, si me devolvieran mi forma física normal..., quizá fuera posible intentar algo desesperado...

—Calla —cortó Marco fríamente—. Pueden oírnos. O captar nuestros pensamientos. No sabemos si son telépatas...

—No pueden serlo, Marco..., o ellos sabrían *ya dónde ocultaste el* «Electrogen».

Marco, sorprendido, miró a la luminosa sombra de Leslie. Asintió, despacio.

—Es cierto —admitió —. Sí, eso es verdad. Si pudieran leer los pensamientos de un modo total, sabrían eso, y todo lo demás, sobraría. Por tanto, podemos suponer que captan «algo» de lo que pensamos, pero no aquello que deseamos mantener oculto. De cualquier modo, es mejor callar, Leslie. Voy a jugar fuerte. Y si

necesitan el «Electrogen» tanto como yo imagino…, tendrán forzosamente que aceptar mis condiciones. Pero, Leslie, si las rechazan, es posible que sea nuestro fin irremediable.

—No me importa, Marco. Intenta lo imposible. Trata de ganar una oportunidad, aunque sea simplemente una entre mil, de poder intentar algo positivo…

—Sí, Leslie. Eso es, justamente, lo que voy a hacer. Pero no te aseguro nada. En realidad, no hay esperanzas. Absolutamente ninguna.

—Aun así…, inténtalo. Y que Dios nos ayude.

—Sí, Leslie. Falta va a hacernos…

CAPÍTULO IX

RETORNO

Eso no es lo que yo propuse! —Lux, el ser luminoso, parecía furibundo—. ¡No acepto esas condiciones, Richmond! ¡La mujer es nuestro rehén! ¡Y tú tienes que aceptar lo que te ofrecí... o morir con ella definitivamente!

—Muy bien —dijo fría, serenamente, Marco Richmond, cruzándose de brazos ante la plataforma circular donde, como antes, se erguía la silueta de luz viva —. Aceptamos morir. Terminad de una vez con nosotros. Está decidido así.

—¡Estúpidos! ¡No voy a volverme atrás de mi decisión! ¡No concedo facilidades, Richmond! ¡Os haré ejecutar, tal y como señalé!

—Adelante. El «Electrogen» nunca será vuestro. No importa lo demás.

Hubo un silencio. La figura luminosa vibraba. Marco esperaba la decisión final. Era posible que fuesen enviados a morir. Lo presentía. Había jugado fuerte, tal y como anunciara a Leslie. Ahora venía el final. Posiblemente su gran valor no sirviera de nada. Pero, aún así, encontróse singularmente sereno. Era como vencerse a sí mismo. Sólo le dolía la suerte de Leslie, ligada a la suya. Pero ella era la primera de desearlo así. En sacrificarse, en definitiva, por la suerte futura del mundo amenazado...

—¡No puedo correr el riesgo de llevaros a los dos a la Tierra, con vuestra forma real! —repitió «Lux», en el paroxismo de su cólera fría — . ¡No lo haré, Richmond!

—Es la única forma en que volveré allí y os daré mi invento, «Lux». La única. No nos preocupa morir. Estamos resueltos a todo. Pero ella vendrá conmigo, tal y como siempre fue. Y una vez en la Tierra, cuando el «Electrogen» sea vuestro, podéis dejarnos libres en nuestro mundo. Eso es todo.

—¿Y si no me dieras el «Electrogen»? ¿Y si aprovechas para huir, entonces?

—No creo que podamos. Tú sigues siendo el más fuerte, el ser capaz de electrocutarnos en un instante, sólo con un leve contacto, aumentando tu energía hasta el grado mortal para los humanos…

—¡No! ¡No lo haré! ¡Elegid mi anterior condición… o la muerte!

—Ya está elegido; la muerte, «Lux»…

Dominaba sus pensamientos, procuraba mantener su mente en guardia contra la posible fuerza magnética y telepática del ente de energía erguido ante él.

«Lux» no emitió más vibraciones lumínico-sonoras en un largo período de tiempo. Transcurrieron los segundos, sin que hubiera respuesta a la dramática, rotunda decisión de Marco Richmond.

Luego, tras el silencio largo, tenso, electrizante, la voz metálica, vibrátil, llegó cargada de furia y de soberbia:

—Está bien. Tú ganas en esto, Marco Richmond. Has sabido ver que estoy dispuesto a todo por tu invento. Pero ahí termina lo que estoy dispuesto a conceder. Leslie será de nuevo mujer. Le devolveré su formación molecular humana. Y volverá contigo y conmigo a la Tierra en seguida. Pero recuerda esto, Marco; iremos juntos, muy cerca unos de otros, mientras estemos en el mundo, hasta encontrar tu invento. Cuando me lo entregues, quedaréis libres. No antes. Al menor intento de engaño o cuando trates de tenderme una trampa, moriréis. Mi energía os aniquilará en un instante. Sin posible defensa.

—Está bien. —Marco asintió, con un hondo suspiro—. De acuerdo en todo, «Lux»… Estoy dispuesto. Y prometo no hacer absolutamente nada, hasta que lleguemos adonde guardo el «Electrogen». Sabiendo que Leslie viene conmigo, que ambos vamos a quedarnos en la Tierra, cuando mi invento esté en tu poder, «Lux»…, todo es diferente.

—Convenido, Richmond. —«Lux», se agitó, con su extraña silueta luminosa retorciéndose en un movimiento brusco—, Ahora, vete. Encontrarás en tu burbuja-prisión a Leslie. Ella volverá a ser como era. Y juntos vendréis conmigo a la Tierra, en breve plazo. Eso es todo.

Marco Richmond fue devuelto por la voràgine de luz al interior de la burbuja de vidrio suspendida sobre la superficie luminosa de la estrella lejana.

Al menos en esto, «Lux» había cumplido su palabra. Pálida, pero hermosa, con su rubio cabello en desorden, sus ojos azules muy abiertos, y su figura crispada, en una posición convulsa, estaba Leslie Crystal.

La contempló, extasiado, cuando la luz lo depositó dentro de su celda transparente. Leslie gimió algo, incorporándose. Y Marco musitó suavemente:

—La primera baza está ganada, Leslie. Vuelves a ser tú… Ahora viene la segunda parte. Iremos con «Lux» a la Tierra…

—Dios mío, Marco, hubiera preferido que esto no sucediera… —Se contempló, con expresión sombría, hasta la punta de sus pies, dentro del encierro vidrioso—. Era mejor morir, que traicionar a nuestra especie…

—Aún no hemos muerto, Leslie —sonrió Marco, alentador—. Ni la hemos traicionado.

—Pero sucederá. Fatalmente, tiene que suceder, Marco. Es lo que vamos a hacer ahora en nuestro mundo, llevando a «Lux» hasta el «Electrogen». Les abriremos de par en par las puertas a la invasión. Será como aniquilar a millones y millones de seres.

—Leslie, aún no ha sucedido. Sólo quiero que ahora me digas una cosa.

—¿Qué, Marco?

—Si llega el caso, ¿estás dispuesta a todos los sacrificios junto a mí, para evitar que esos seres horribles aniquilen a nuestra humana condición?

—¡Sí, Marco!

—¿Incluso…, incluso a morir conmigo, Leslie?

—¡Sí! ¡Sí!

—Bien, Leslie. Eso es todo. Gracias por tu generosidad. El mundo quizás ignore siempre lo que estás dispuesta a ofrecer en tributo a su especie. Pero Dios, tú y yo lo sabemos. Quizá baste…

—Marco, me preocupas y me intrigas. ¿Qué es lo que te propones hacer?

—Nada. —Marco movió la cabeza —. Nada, querida. Nada puede hacerse. Nada podemos hacer nosotros, compréndelo.

—¿Entonces…?

—Sólo Dios puede hacerlo —señaló hacia la negrura del espacio, por encima de la burbuja de vidrio suspendida en el vacío —. Dios, sí puede hacerlo. El está por encima de todo. Por encima de nosotros, de estos monstruos de luz, de las estrellas todas, con sus seres buenos y sus seres malos… Confía en El, Leslie…

—¿Crees que dejé alguna vez de confiar? No, Marco. Sólo en Dios y en ti tengo fe. Y la tendré hasta el último momento…

—Hasta el último momento —repitió Marco, como un eco, crispando sus manos sobre la blanda materia cristalina de la burbuja flotante—. Sí, Leslie, hasta el último momento… Y lo que entonces tenga que suceder…

* * *

Era el momento.

Marco ignoraba cuánto tiempo pudo transcurrir de cautiverio hasta entonces. El Tiempo se deslizaba sobre uno, en aquella estrella, como algo alado, sutil, inexistente en la práctica. El ser humano carecía de la exacta noción de su transcurso.

Pero supo que había llegado el momento señalado por «Lux». Iban a partir, de regreso a la Tierra. Un regreso como cautivos, como rehenes vivos. Un regreso, condicionado a la muerte... O al horror desencadenado sobre el mundo de los humanos.

La burbuja-prisión, movida por algún sistema magnético a distancia, descendió sobre la ciudad de Energía, flotando tenuemente en el aire quieto, tenebroso, de la noche eterna de los espacios, más oscuro y profundo aún, por contraste con la luz deslumbrante de la estrella lejana en que se encontraban.

Y allí, sobre la extensión brumosa, en la superficie luminosa, de gases fluorescentes que se enroscaban en torno a las piernas de los dos terrestres, la burbuja se posó... y se quebró, tal como podría haberlo hecho una pompa de jabón, o un globo infantil.

Simplemente, se volatilizó, al estallar con un chispazo, y Marco Richmond y Leslie Crystal se encontraron en el suelo de luz, viendo venir hacia ellos a «Lux», con su aspecto de silueta humana, recortada sobre una mancha de luz animada.

—Estad dispuestos —avisó su metálica voz—. Vamos hacia la Tierra. Ahora mismo el proyector nos lanzará hacia allá, de regreso. Naturalmente, para este viaje no es precisa la energía de tu ingenio electrónico, porque nuestras moléculas serán recibidas por la carga receptora que dejé allá abajo, en la Tierra. Vosotros podéis viajar con la luz, y recuperar vuestra forma, tal y como sucedió en el viaje inverso, porque a la Tierra pertenecéis. En cuanto a mí..., ya hice una vez el viaje. Puedo volver sin problemas. ¡Vamos ya!

Agitó una mano, en gesto teatral, fantasmagórico. Sin duda era la señal para que las fuentes de energía de la estrella entrasen en actividad. Un zumbido intenso, prolongado, vibró en los oídos y en la mente de Marco.

Instintivamente, aferró la mano de Leslie, que le contempló, asustada. Sin duda, ella notaba también aquella sensación en su cráneo.

Luego el zumbido se hizo insoportable. Marco cerró los ojos. Miles, millones de chispas de calor, violentas y cegadoras, empezaron a estallar ante él, en el mismo instante de bajar los párpados. Luego

nuevamente su cuerpo perdió la sensación de peso, de toda gravedad. Flotó en un vacío sin fin, proyectado hacia alguna parte…

Abrió los ojos. O pensó que los abría. Pero en seguida advirtió que volvía a ser simple materia luminosa, fluido de luz, sin forma ni volumen, lanzado a través de un túnel de luz continua, de una estela infinita, proyectada a través del negro espacio sideral…, con destino a la Tierra.

Y, en aquel sendero de luz, intangible y vertiginoso, que proyectaba sus moléculas y átomos a través de los cielos, a millones de millas de distancia, iba también Leslie, convertida igualmente en energía luminosa.

Y «Lux», el emisario siniestro de la estrella, el hombre de luz que iba a sellar el destino de los hombres, cuando Marco Richmond consumara su traición…, también iba con ellos.

* * *

Llovía copiosamente sobre la ciudad, igual que en cierta famosa, inolvidable noche, cuando todo empezó para Marco Richmond, con un brusco despertar y la casual visita a su laboratorio experimental.

Llovía, y el cielo, que continuaba nublado, como en noches precedentes, descargaba sobre los modernísimos, lineales edificios erguidos hacia las alturas, cuajadas de luces particulares, de luminosos y de anuncios, una auténtica tromba de agua, relámpagos y ruidosos truenos. Los centelleos, en las alturas, competían casi victoriosamente con las propias luces de la gran urbe.

Marco Richmond fue lo primero que sintió en sus oídos, al sentirse de nuevo sólido, corpóreo, con gravedad y humano volumen, sobre el suelo familiar y querido de la vieja Tierra. Un trueno potente, tamborileando en las alturas, sobre su cabeza, que súbitamente se cubrió de agua. Agua fría, torrencial, que corrió por sus cabellos y mojó su rostro, sus ropas…

Había vuelto. Y hasta la lluvia, hasta mojarse bajo el temporal nocturno, resultaba entrañable, hermoso, lleno de encantos para un hombre que volvía de un lejano mundo, frío y brillante, donde todos esos fenómenos se desconocían…

—¡Llueve, Leslie! —gritó roncamente—. ¡Llueve! ¡Es maravilloso sentir la caricia del agua en el rostro, sentir cómo se mojan las ropas sobre la piel…!

—Sí, Marco. Te entiendo. Sé lo que sientes, porque yo también lo siento. Esto es maravilloso. El mundo entero lo es, y nosotros jamás nos dimos cuenta, antes de ahora…

Marco rió, feliz, recogiendo agua en las cuencas de sus manos, alzadas a los cielos borrascosos, hendidos por el zigzag cárdeno, deslumbrador, de las descargas eléctricas.

Fue un momento dichoso, casi sublime. El momento en que dos seres que volvían de un remoto confín del Universo, descubrían por primera vez la belleza, el encanto, el prodigio de las pequeñas cosas cotidianas, ésas que uno no sabe comprender ni admirar, cuando las ve y desconoce su auténtico valor.

Luego la helada realidad se impuso. Fue una voz metálica, familiar, la que se lo recordó con chirriante autoridad, no lejos de ellos:

—Bien, Richmond. Ya hemos regresado. ¿Y ahora? ¿Dónde hemos de ir a buscar el «Electrogen»?

Marco, muy despacio, bajó los ojos del cielo, de la contemplación absorta de las oscuras nubes y los relampagueantes fulgores de la tormenta. Otro trueno retumbó, haciendo vibrar los cristales de las casas urbanas.

Richmond sabía dónde estaba. Aquélla era la terraza superior de su propia casa, un lugar que no había soñado volver a ver, cuando estaba allá, en el mundo de luz... Sólo que Leslie y él no estaban solos.

Había una tercera persona allí. Un tercer personaje de aspecto totalmente *humano*. Nada de luminoso, nada de parecido al «Lux» que él conocía, pura silueta de luz, dotada de vida y de inteligencia perversa.

Ahora..., ¡ahora «Lux» tenía aspecto de ser humano! Y no era la primera vez que lo veía, ciertamente, bajo aquel falso aspecto de terrestre vulgar.

Sólo que ahora, a través de los cristales de sus negras gafas solares, el brillo extraño, inquietante, sobrenatural, de unas pupilas que eran dos globos de luz, resultaba visible para Marco.

Y le recordó en seguida. Recordó al espectador del juicio, al hombre sentado junto a Leslie, en la sala del tribunal, cuando le juzgaban a él por la muerte de Kirk Lawton.

Aquel hombre de gafas negras, con un sobretodo negro y brillante..., ¡era «Lux», la criatura luminosa de las estrellas!

CAPÍTULO IX

«ELECTROGEN»

De modo que eras tú... —dijo roncamente Marco —. Tú, con aspecto humano, eras el hombre que estuvo en el juicio contra mí...

—Sí, Richmond —rió«Lux», ahora con un rostro inexpresivo, de apariencia humana, resultado, como todo su ser, de una rara, sorprendente transformación de una metamorfosis alucinante, que sólo era imperfecta en el centelleo anómalo de sus ojos luminosos—. Era yo. Por eso sabía tantas cosas de ti. Por eso seguí con interés el proceso. Después de materializarme aquella noche, en casa de Kirk Lawton, como ser luminoso, comprendí que necesitaba una envoltura falsa, para mantenerme en la Tierra, sin ser descubierto. Así lo hice, Richmond. Podemos tomar una forma que no sea la nuestra, alterando nuestra composición molecular instantáneamente. Pero, claro está, es una mutación temporal, de muy reducido alcance. Sin embargo, ahora bastará también, hasta que cumplas tu palabra y me entregues el «Electrogen».

—Marco, ahora que hemos vuelto..., ¡no le des tu invento! ¡Tú sabes lo que «ellos» harán con él! —gimió Leslie.

—No puedo negarme, Leslie —dijo roncamente Marco—, Lo prometí. Y tú peligrarías, si yo faltase ahora a mi palabra. Vamos, «Lux». Te mostraré el lugar donde escondí mi invento...

—Marco, por Dios, aún estamos a tiempo...

—Es tarde, Leslie. Es tarde para todo —señaló al hombre falso, al ser luminoso, disfrazado de ser humano—. «Lux» tiene el triunfo en sus manos. Vamos allá...

Echó a andar, bajo la mirada cauta, alerta, del hombre de las estrellas. Tomó a Leslie por una mano, llevándola junto a sí. Ella, muy

pálida, se resistía a seguirle. Pero la fuerte presión de los dedos de Marco la fueron convenciendo lentamente. «Lux» les dejó avanzar delante. El los siguió. Cualquiera, viéndole ahora, hubiera dicho que era un buen amigo de ambos, siguiéndoles inocentemente, quizá para ir a un espectáculo público o a tomar unas copas. Nadie, absolutamente nadie en el mundo, hubiera ahondado detrás de las gafas oscuras, en sus ojos centelleantes, dos globos de luz intensa, ahogados por los cristales de sol. Nadie hubiera podido sospechar que aquel ser era un «extraño», dispuesto a aniquilarlos, dispuesto a iniciar, con sus semejantes, la invasión del planeta Tierra...

Entraron en la vivienda de Marco por un tragaluz que el joven accionó. Receloso, «Lux» indagó con voz tensa:

—¿Vas a tratar de convencerme, Richmond, de que el invento está en tu propia casa?

—No, no lo oculté aquí. Cualquiera hubiese podido encontrarlo. Pero aquí tengo la llave que abre el lugar donde se halla oculto...

Estaban dentro de la vivienda silenciosa, abandonada, de Marco Richmond. El joven tomó un manojo de llaves de un mueble. Lo echó al bolsillo y luego invitó:

—Vamos. Ahora iremos directamente al lugar donde está el «Electrogen»...

Leslie ya no le interrumpía ni se esforzaba en disuadirle. Sabía que era inútil. Marco había tomado su decisión y la llevaría hasta sus últimas consecuencias, fuesen cuales fuesen...

Muy cerca de ellos, virtualmente encima, y vigilando escudriñadoramente los gestos y movimientos de Marco, iba «Lux», con su aire de vulgar hombrecillo de la Tierra.

Salieron de nuevo a la calle. La lluvia caía torrencialmente ahora, formando una cortina entre sus ojos y el panorama ciudadano. La tormenta eléctrica había remitido un poco, en el sombrío celaje del firmamento.

Marco detuvo uno de los turbocars autónomos que permanecían en los aparcamientos públicos, al servicio de quienes carecieran de vehículo propio. Los turbocars de servicio público carecían de chófer. En vez de ello, llevaban un sistema de cobro automático. Bastaba aplicar unas monedas en un contador mecánico, para que éste señalara el vehículo la distancia a recorrer, y el que lo alquilase, tomaba el vehículo hasta el sitio elegido, donde volvía a dejarlo en otro aparcamiento similar.

—¿Tan lejos vamos, Richmond? —preguntó «Lux», sentándose tras ellos, en el Interior del turbocar.

— No mucho. Pero es mejor así. Si alguien me reconoce por el

camino, todo se echará a perder.

La razón era convincente. «Lux» no preguntó más.

El turbocar, conducido ahora por Marco, se deslizó sobre las rutas aéreas de la gran urbe, hacia un lugar determinado, que Leslie ignoraba, tanto como el propio hombre luminoso del asiento posterior.

Péro ella sabía que esta vez, inevitablemente, caminaban en derechura hacia el último acto del drama. Fuese cual fuese su final, antes de caer el telón definitivo...

Leslie no sabía por qué. Pero aún tenía una esperanza. Una pequeña, remota esperanza...

Quizá no todo estaba perdido. Quizá, todavía no...

* * *

El turbocar se detuvo.

—Aquí es —dijo escuetamente Marco.

«Lux» parecía perplejo. Se rebulló en el asiento posterior. Luego saltó al suelo, cuando ya lo hacía Marco, ayudando a Leslie a que lo siguiera. El hombre luminoso se quedó mirando a Richmond.

—¿Sin error ni engaño? —inquirió agudamente.

— Sin error ni engaño —sonrió Marco fríamente—. Vamos a por el «Electrogen». Podrías buscar aquí durante años, sin dar con él. Está guardado en una caja antimagnética y antidetección. Nadie daría nunca con el invento, no conociendo su exacto escondite.

«Lux» no dijo nada. Se limitó a esperar, con los llameantes globos visuales fijos en Marco, impasible dueño de sí, fríamente sereno como jamás lo estuvo, avanzó hacia la lluvia, por entre los setos, arriates y flores del Gran Parque Artificial de la ciudad. Un parque cultivado por igual en cualquier época del año, gracias a los fríos y a los rayos del sol artificiales, especialmente condensados y distribuidos para su utilización en la jardinería artificial.

Un grande, amplio parque, casi desierto por las noches. Y allí, en algún lugar de ese gigantesco parque, estaba el «Electrogen» oculto. «Lux» sabía ahora que jamás hubieran logrado dar con él, sin la ayuda de Marco Richmond. E incluso ahora era necesaria la ayuda de Richmond, para dar con él y obtenerlo, para comprobar que no había engaño y era realmente el «Electrogen» que tanto precisaba el ser luminoso.

Después... después «Lux» podría matar a la joven pareja, aniquilarla en aquel mismo parque, sin la menor compasión. Era su idea oculta, su decisión final. Nadie que constituyera un peligro para

los hombres de las estrellas debía de quedar con vida sobre la Tierra...

Marco, ignorando las ¡deas que cruzaban la mente del ser estelar, se detuvo frente a una gigantesca estatua de mármol negro y dorado, del primer hombre que puso pie en los planetas del Sistema Solar. Casi resultaba irónico, que tan cerca del primer cosmonauta interplanetario, se hallase oculto el ingenio que ahora abriría la puerta a otros cosmonautas, éstos despiadados y feroces, procedentes del espacio exterior, y con un objetivo definido para la destrucción y el caos; el planeta Tierra...

Marco se inclinó sobre una ancha franja formada por recuadros de flores de diversos colores. Al tiempo de hacerlo, preguntó a «Lux»:

—Y ahora ¿no podría saber qué es lo que buscáis en la Tierra, por qué queréis venir aquí, destruyendo nuestra Humanidad, y dominando con el tiempo todo este planeta? Es un mundo opaco, sin luz... ¿Para qué puede serviros a los luminosos de las estrellas?

—Nosotros generamos calor y luz, Richmond —explicó «Lux» —. En tan gran cantidad, que nuestra estrella actual está condenada a extinguirse, estallando a causa del aumento de temperatura. La convulsión llegará fatalmente, y tenemos que buscar otro mundo frío, donde nosotros podamos afincamos, y nuestro tremendo calor y energía no provoque la combustión de los minerales demasiado pronto. Hemos elegido la Tierra. Reúne las condiciones ideales para sobrevivir en ella durante miles de años... Luego llegará el momento de buscar otro planeta...

—Y otro... y otro... —suspiró Marco Richmond —, Si la puerta para entrar aquí no existiera, si no os fuese posible venir e invadirnos..., tendríais que buscar otro mundo similar. Quizá nunca lo hallaríais. Y terminaríais extinguidos, en la catástrofe de vuestro astro...

—Sí, quizá —sonrió «Lux»—. Pero lo hemos hallado. La Tierra sirve. ¡Y será nuestra! Dame el «Electrogen», y todo estará resuelto...

Marco se había detenido en un concreto recuadro de flores. Hizo algo sorprendente. Arrancó toda la tierra, los brotes y tallos, dejando a la vista una caja metálica, alargada, que señaló rígidamente.

—Llévatela —pidió a «Lux»—. Ese es el «Electrogen».

—Ábrelo primero —replicó glacialmente «Lux».

—No es necesario. Va ahí. ¿No te fías de mí?

—No. Quiero ver si es cierto. No me gustaría un engaño...

Marco entendió. No le gustaría un engaño, porque pensaba aniquilarlos allí mismo. Y no quería correr el riesgo de matar al único hombre capaz de llevarlo hasta el «Electrogen». Si, una vez muerto, el

ingenio no estaba allí, «Lux» lo perdía todo...Marco reflejó contrariedad, indecisión. Parecía realmente disgustado por tener que abrir la caja metálica desenterrada del recuadro de flores del parque. Eso convenció más que nada a «Lux», para que insistiera, rotundo:

—¡Abre eso! ¡Ahora mismo!

Marco suspiró, inclinándose. Fingió no hallar la llave. Las sospechas de «Lux» iban en aumento. Vigilaba muy de cerca a Marco, sin fiarse de él en absoluto.

Repentinamente, Richmond se decidió. Giró la llave correspondiente en la cerradura de la caja metálica. Pareció forcejear aún. Impaciente, «Lux» miró en torno. Marco alzó entonces la tapa sin dificultad.

Leslie gimió, angustiada, al verle erguirse, con la varilla metálica, rematada por la esfera ionizada, entre sus manos crispadas. «Lux» miró con avidez el objeto.

Marco dijo simplemente, tendiendo el invento electrónico al ser luminoso:

—Toma. Es tuyo, «Lux». Y que sea lo que Dios quiera..., si estoy en un error.

Luego presionó la varilla. El «Electrogen» funcionó. «Lux» chilló. Chilló, con el mismo terror conque podría haberlo hecho un ser humano de carne y hueso. Luego la chispa cárdena, violenta, restallante, que brotó de la esfera ionizada, alcanzó de lleno a «Lux».

Y sucedió lo increíble, lo inaudito. Leslie Crystal, estupefacta, asistió a la escena más terrible que pudiera haber imaginado...

«Lux», alcanzado de lleno por aquella energía electrónica, de la que dijera que era su vehículo o medio de «entrar» en la Tierra, distó mucho de quedarse insensible. En vez de eso, reventó en pedazos, se desgarró su ser, falsamente humano, saltando al exterior, en vez de chorros de sangre, un torrente de luz, de fuego azul, que repentinamente, al contacto con el aire y con el fulgor cárdeno de la llama provocada por el «Electrogen», se extinguió, en un chisporroteo brusco, con olor a quemado.

Luego unas simples pavesas rodaron por el suelo, sin otro rastro de «Lux», sin la menor presencia luminosa bajo la lluvia de la noche, que mojó las pavesas de sus rescoldos...

Marco se irguió, muy despacio. Miró largamente a Leslie, que, lívida y sin comprender, se aferraba violentamente a su brazo.

—¡Marco! ¡Marco! ¿Qué... qué has hecho? «Lux»... ha desaparecido...

—Sí. Lo he aniquilado, Leslie... Esa era mi idea. Tenía que

intentarlo. Pero sólo resultaría si yo estaba en lo cierto, si mi teoría era la auténtica.

—¿Tu teoría? ¿Qué teoría, Marco?

—La de que «Lux» nos mintió siempre, desde un principio. El «Electrogen» inventado por mí, *no podía* ser beneficioso para ellos. Posee una energía virtualmente negativa, que para nada podía servirle a un hombre formado de energía, porque provocaría una reacción disolvente, destructora tal vez. Podía no ser así, pero de ningún modo serviría de vehículo o sistema de transporte a los seres luminosos. Por tanto, ¿de qué venía su interés por mi invento? Lo comprendí enseguida. Si ellos necesitaban tanto el «Electrogen», ¿por qué «Lux» podía ir y volver fácilmente proyectado en luz? ¿Por qué se esforzó en explicarme eso, de un modo nada convincente para un hombre como yo? Todo, pues, era falso. Ellos tenían *otro medio, otra puerta* para venir a la Tierra. ¡La tormenta!

—¡La tormenta! ¿Qué quieres decir?

—Esos rayos, Leslie. Los «luminosos» siempre aparecieron en noches tormentosas... Llegaban envueltos en la luz misma de las descargas eléctricas. Ellos son hombres eléctricos. Nadie les veía llegar, por tanto. Podían venir a miles, invadirlo todo, ocultos en el zigzag aparentemente inocente de un relámpago. Recuerda que la luz es su materia *y su vehículo*.

—Dios mío... Pero ¿y entonces por qué ese afán por el «Electrogen», Marco?

—Tú misma lo has visto, Leslie. El «Electrogen» no era un medio a su favor sino *contra ellos*. Mi invento es *un arma poderosa que los aniquila y destruye*, al crear una contraonda electromagnética, que rompe sus moléculas... ¡Necesitan el «Electrogen» *para destruirlo*! Y me hubieran destruido a mí, para que no sacara otro igual. Por eso murió Kirk Lawton. Porque «Lux» quería arrebatarle el ingenio. Pero aturdido, el ser luminoso no supo actuar a tiempo y arrebatárselo. Intervine yo, lo oculté... y «Lux» se retrasó en su acción. De ahí su interés por mí, su afán en capturarme... Yo era el único que podía llevarlo a por la peligrosa arma destructora que ellos necesitaban destruir a su vez...

—¿Y tú lo sospechaste así, Marco? ¿Por eso le trajiste aquí y te jugaste el todo por el todo?

—Sí, Leslie. Era una lejana idea, una posibilidad... Pero valía la pena intentarlo. Ahora habrá que construir más «Electrogens», y formar una campaña furiosa contra los invasores luminosos. Habrá otros, ya en la Tierra, Pero ellos no saben tanto como «Lux» que debía ser uno de sus «prohombres»... Las tormentas serán neutralizadas y los falsos rayos se disolverán antes de tocar la Tierra. Los que han llegado a ésta, perecerán también. «Lux» era nuestro gran experimento. Y ha resultado. Los hombres, Leslie, aún somos los más fuertes e ingeniosos.

Hemos empezado a vencer a un enemigo oculto, que quizá lleve años o siglos intentando invadirnos y convertir la Tierra en una estrella incandescente, sin vida humana. ¡Vamos a vencerlos, Leslie!

—Sí, Marco, pero ¿nos creerán las autoridades, nos creerán los científicos, los políticos, todos los que deberían creernos, para empezar seriamente la lucha contra el invasor de las estrellas?

—Sí, Leslie. Yo sé que creerán en mí ahora. «Lux» logró demostrar aquella noche mi inocencia en la muerte de Kirk. Ahora, ellos saben que una especie de materia, o energía eléctrica, destruyó a Kirk, lo mismo que a los forajidos que pretendieron sacarme de la Institución. Pero con ello, «Lux» dejó abierta la puerta a una duda razonable, que todo el mundo sentirá ahora, en especial los científicos y los de la Seguridad Mundial; ¿qué era exactamente aquella energía y de dónde venía? Yo, Leslie, les traigo la respuesta. Y tú eres mi testigo. Lo demostraremos, además, utilizando este «Electrogen» contra los «luminosos». Ellos lo comprobarán sin lugar a dudas...

—Marco, me maravilla oírte hablar así. Ya no desconfías de la gente, estás dispuesto a dar tu invento a la sociedad, al mundo que antes despreciabas...

—Sí, Leslie —Marco la rodeó con sus brazos, sin importarle la lluvia, que caía sobre ellos torrencialmente —. He aprendido una gran lección. Con todos nuestros defectos, los humanos somos maravillosos. La vida misma, en este bendito mundo, es digna de vivirse. Y uno debe tener fe, amor, caridad y comprensión con los demás. Es el camino, Leslie. Después de conocer a los seres luminosos, creo que los hombres somos unos seres magníficos... Y las mujeres, naturalmente.

Sonrió, y sus labios buscaron los de Leslie. Los encontró con una gran facilidad. Quizás también ella buscaba los suyos. Y tampoco le importaba mucho la lluvia. Después de todo, también la lluvia formaba parte de todas las cosas maravillosas que Dios había dado al Hombre...


FIN

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

256.— Obsesión. — Clark Carrados.
257.— Encrucijada cósmica. — Law Space.
258.— Más allá del infinito. — Peter Dean.
259.— Geo-2. — Law Space.
260.— Safari en Venus. — Johnny Garland.
261.— Doctor Space. — Johnny Garland.
262.— Los atlantes. — Johnny Garland.
263.— Extraños entre nosotros. — Johnny Garland.
264.— Otra dimensión. — Johnny Garland.
265.— ¡Viaje a lo imposible! — Johnny Garland.
266.— El espejo de la tierra. — Johnny Garland.
267.— Museo del espacio. — Johnny Garland.
268.— Simbad viajó a las estrellas.— Johnny Garland.
269.— Los supercivilizados. — Johnny Garland.
270.— Extraña metrópoli. — Johnny Garland.
271.— Llovido del cielo. — Clark Carrados.
272.— Siete... y la eternidad. — Johnny Garland.
273.— Fantasmas en Alfa - Seis. — Johnny Garland.
274.— Los antihombres. — Clark Carrados.
275.— El manantial da la vida. — Clark Carrados.
276. — Infracosmos. — Johnny Garland,
277.— El planeta loco. — Clark Carrados.
278.— Cita en el mañana. — Johnny Garland
279.— Mercader de estrellas. — Clark Carrados.
280.— La lotería del espacio. — Johnny Garland.
281.— Los caballeros del rey Átomo. — Johnny Garland.
282.— La gran aventura — Clark Carrados.
283.— Órbita 600. — Clark Carrados.
284.— ¿Dimensión? ¡Cero!. — Johnny Garland.